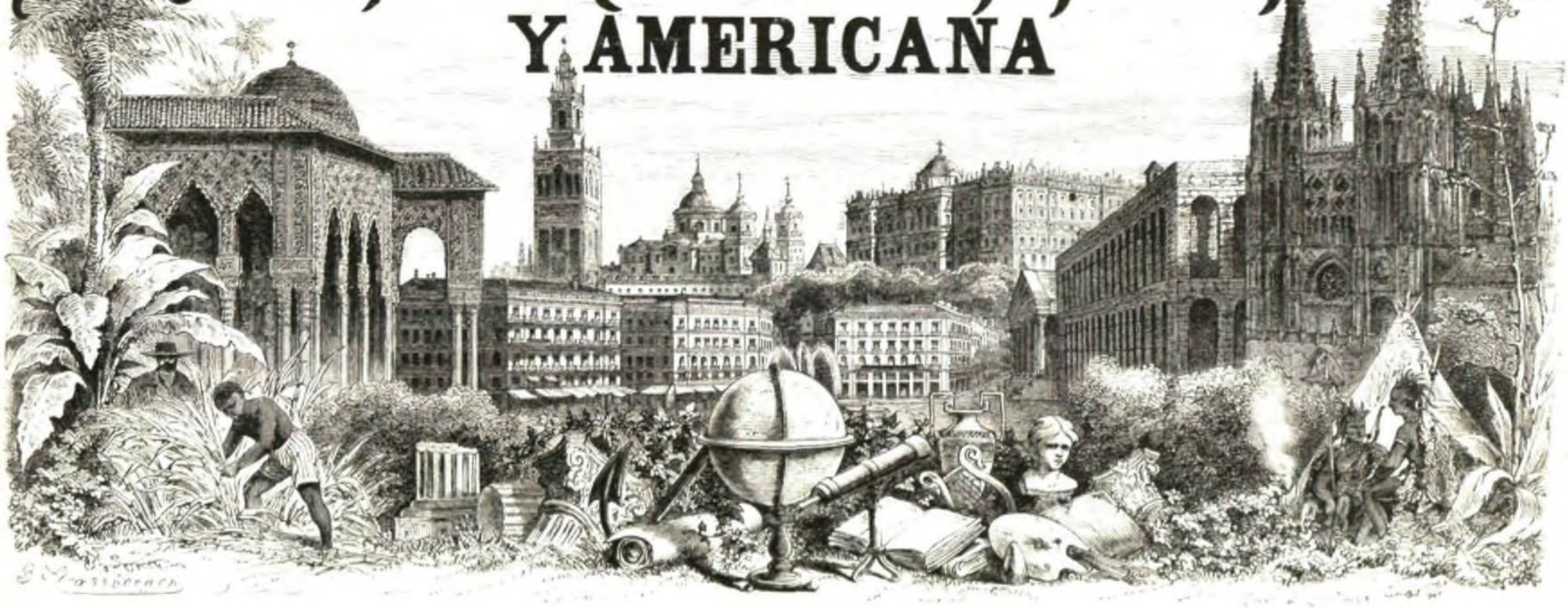
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA



PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias	35 »	18 »	10 »
Portugal	7.520 reis.	3.880 reis.	2.000 reis.

AÑO XV.—NÚM. IX.

EDITOR DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 25 de Marzo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIME
Cuba y Puerto-Rico	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pes
Filipinas y América	12 »	7 »	4 »
Extranjero	40 francos.	22 francos.	12 fran

ESPAÑA.—LLEGADA DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA VICTORIA AL PUERTO DE ALICANTE (17 de Marzo de 1871.)

Fragata *Victoria*. Fragata *Príncipe Humberto*. Fragata *Numancia*.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don Cárlos Ochoa.—Desembarque en el puerto de Alicante de S. M. la reina.—La cabra negra, cuento popular, por don Antonio de Trueba.—Llegada del convoyes con víveres.—El Angel de la Paz.—De la pintura en España ántes de Velazquez, por don M. Juderias Bender.—Mapa de la paz franco alemana.—Bonos de víveres.—Los rojos en Paris.—Desfile de las tropas alemanas por delante del palacio de la Industria.—Apuntes sobre la vida de Mahoma, por don Antonio Bernal de O'Reilly.—Victor Balaguer, por Ll.—M. Jules Grèvy.—Advertencia.

GRABADOS.—Llegada de S. M. la reina al puerto de Alicante.—Entrada en Paris de los primeros convoyes de víveres.—Vista del gran Mercado (*Halle Centrale*) de Paris, en la tarde del 3 de Febrero.—Desfile de las tropas alemanas por delante del palacio de la Industria, en Paris.—El Angel de la paz (Alegoría).—Tumultos en la plaza de la Bastilla.—Los rojos arrastrando los cañones.—Cuadros sociales, por Ortego.—Reproduccion exacta de los *bonos de víveres* usados en Paris.—Retrato de M. Jules Grèvy.—Medalla ofrecida á don Victor Balaguer por el Ayuntamiento de Barcelona.—Mapa de la paz franco-alemana.

REVISTA GENERAL.

Biarritz 21 de Marzo de 1871.

Mientras Francia, mutilada y sangrienta, cruelmente abandonada por su antigua aliada la fortuna, ve con lágrimas de indignacion y de ira desarrollarse en su suelo algunas de las terribles consecuencias de sus últimos desastres, empieza á asomar entre ellas con todos los caractéres de una plaga inminente, la más terrible de todas, que es la guerra civil. Desde un principio la previmos: no era la guerra extranjera en sí misma lo que más fatal nos parecia para Francia cuando en la embriaguez belicosa de mediados del verano último se lanzaban esta nacion y aquel gobierno *que ya fué* tan desatentadamente por la senda de las aventuras. Lo que más nos aterrorizaba era la prevision de lo que hoy sucede, pues si bien nunca nos figuramos que Francia iba á sucumbir tan rápida y completamente como ha sucumbido, bastábanos aceptar la hipótesis harto probable de su vencimiento para ver claro como la luz del mediodía que en tal caso una guerra civil era inevitable.

Hoy esta tremenda eventualidad se nos viene encima. Las noticias que han llegado de Paris no pueden ser más alarmantes: la gran ciudad se encuentra en poder de los rojos; el gobierno refugiado en Versalles con la Asamblea nacional, sólo cuenta con los cuarenta mil hombres del general Vinoy, desmoralizados y batidos por los insurrectos de la Villette y Montmartre. Se asegura además á última hora (pues carecemos de comunicaciones telegráficas directas con Paris y otros muchos puntos), que las principales ciudades de Francia, como Marsella, Lyon, el Havre, Nantes y algunas otras, han seguido el movimiento insurreccional de Paris; se añade, por último, que dos generales, cuyos nombres se citan con variedad, aunque generalmente se dice que son los generales Clement-Thomas y Lecomte, hechos prisioneros por los insurrectos, han sido inhumanamente fusilados. El general Chanzy está tambien prisionero.

Componen el nuevo gobierno de la insurreccion, á lo que se dice (pues en todo esto reina aquí hasta ahora bastante oscuridad), los diputados Flourens, Dorian, Blanqui, Rochefort, Ferry y otros demagogos. No suena entre ellos el nombre de Victor Hugo, acaso porque sus compañeros en demagogia respetan la afliccion en que debe encontrarse el gran poeta por la reciente y súbita muerte de su hijo Cárlos, que acaba de sucumbir en Burdeos á un ataque de apoplegía en el momento en que iba en coche á comer á casa de su padre. Nada perderá por lo demás el nuevo gobierno con la ausencia del terrible tribuno de las *Orientales* y de *Nuestra Señora de Paris*, para sus probables propósitos de lanzar á Francia por el camino de una espantosa revolucion: bastan para inspirar más que mediano terror los nombres ántes citados y las proclamas en papel de color de sangre que ya algunos de ellos han suscrito y fijado en las tapias de Montmartre, segun nos cuentan los periódicos de Paris. Grande es el terror que domina en esta pequeña poblacion, y puede asegurarse que no será menor en todo el resto de Francia, si se exceptúan los grandes centros de poblacion, especialmente en las ciudades manufactureras, donde las clases proletarias están hace tiempo nutridas de las más peligrosas doctrinas socialistas; pero en los campos y en las poblaciones de segundo y tercer órden lo que indisputablemente domina es lo que podemos llamar un liberalismo ilustrado, esto es, un sincero apego á las grandes conquistas de la primera revolucion francesa, unido á un no ménos sincero amor al órden y á la justicia, que no es otra cosa más que el respeto á los derechos del prójimo. La idea de república no asusta en Francia sino por lo que lleva en sí de ocasionado á la reproduccion de antiguos delirios: por lo que promete en punto á igualdad y economía en los gastos públicos, sonríe indudablemente á la mayoría del pueblo francés. No diremos que no queden aún, particularmente en Bretaña, algunos restos del antiguo *chuanismo*; pero seria hoy dificilísimo despertarlos en favor de ninguna familia real, inclusa la rama primogénita de los Borbones. Los últimos chispazos de aquel fuego sacro que inspiró prodigios de valor á los *Charettes* y los *Larochejaquelin* saltaron en obsequio de la novelesca duquesa de Berry y de su inocente hijo en los primeros tiempos de la monarquía de Julio, cabalmente bajo el primer ministerio de ese mismo Mr. Thiers, que lucha hoy con tanto denuedo y tan escasa fortuna por salvar una vez más á su patria de los horrores de la guerra civil.

A esta fatal secuela de la guerra última, como decíamos antes, hay que añadir otra poco ménos dolorosa para el amor propio de Francia, y trascendental para su importancia en el mundo como nacion de primer órden. Mientras aquí pasa lo que acabamos de referir, y que por cierto no puede ser más triste, en las orillas del Támesis se ha desarrollado oscuramente otra inevitable consecuencia de la guerra, cual es la anulacion de la preponderancia francesa en Oriente y su reemplazo por la preponderancia rusa. La Conferencia de Lóndres, sobre cuyos trabajos hace tiempo que no llamamos la atencion de nuestros lectores, ha terminado impávida entre aquellas nieblas húmedas su nebulosa obra de destruccion del tratado de Paris de 30 de Noviembre de 1856, monumento de la humillacion de Rusia despues de la campaña de Crimea. El coloso moscovita aprovecha hábilmente la primera ocasion propicia que se le presenta para sacudir las trabas que al desarrollo de su influencia en Oriente imponia aquel tratado: ninguna puede serlo más que la actual. Francia, su perpétua antagonista en Oriente, está hoy atada de piés y manos. Prusia le está unida por el vínculo de una estrecha amistad entre los dos poderosos respectivos emperadores, cuyas mútuas expresiones de afecto consignadas en los telegramas que publicó hace poco la prensa inglesa, reciben hoy una clara y completa explicacion: favor con favor se paga, dice el refran. Prusia tenia guardadas las espaldas por su vecino ruso al emprender la guerra, y Rusia contaba con el apoyo de su vecino prusiano para solicitar y obtener la anulacion del tratado de Paris.

Inglaterra, cada dia más diferente de lo que fué en los tiempos no lejanos, en que es fama que no se movia una piedra en el mundo sin su consentimiento, deja hoy que se trastorne y mude la faz de los imperios sin decir «aquí estoy yo.» Preocupada exclusivamente la ex-tirana de los mares de evitar complicaciones á su lucrativa obra de explotacion comercial de las vastas regiones de la India, *deja hacer* en Europa sin cuidarse para nada de lo justo y de lo injusto, ó á lo sumo busca contienda á los débiles, rara vez á los fuertes, salvo cuando va unida á alguno de ellos. Así emprendió la guerra contra Rusia, con el auxilio de Francia, y hoy que le falta este auxilio, deja deshacer en su propia capital la obra colectiva de las dos grandes potencias aliadas condensada en el tratado de 1856. El 13 celebró la Conferencia su última sesion. La cláusula más importante del tratado de Paris, que era la que establecia la neutralidad del Mar Negro, ha sido derogada, con lo cual quedan virtualmente sin efecto las demás. Establecia el artículo 7.º que se respetaria la independencia é integridad del imperio turco, prescripcion que á nada conduce desde el momento en que cesa el veto para Rusia de mantener escuadras y fortalezas en el Mar Negro. Claro está que en cuanto esta potencia vuelva á encontrarse con fuerza bastante para ello, volverá á amenazar aquella independencia y aquella integridad como en 1854, y en tantas otras ocasiones, con cualquiera de los pretextos que nunca faltan á los fuertes. El que siempre tendrá Rusia á la mano, es el de proteger á las poblaciones cristianas de Oriente; y lo peor es que este pretexto se convierte con frecuencia en verdadera y poderosa razon para intervenir en favor de aquellas poblaciones, merced al fanatismo de los musulmanes, á las divisiones entre las diferentes comunidades cristianas, y á la debilidad de las autoridades turcas.

¡Triste condicion la de los cristianos de Oriente! Todos los Estados de Europa quisieran ser sus protectores, pero á condicion de que ningun otro Estado los proteja, salvo ellos solos, y entre tanto les pasa lo que á la histórica y veneranda iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalem. La única proteccion eficaz que reciben es la de los mismos turcos, en cuyo poder los dejan vivir los Estados cristianos, por tal de que otro no se señoree de aquellas fértiles comarcas; así como les dejan tambien la posesion del santo templo, con tal que otro cristiano no se honre con poseerlo.

Cuando visitamos, hace diez años, aquella tierra sagrada, la cúpula del templo que cobija el gran sepulcro de Cristo amenazaba ruina; algunas tapias estaban cuarteadas; una de las capillas amagaba venirse abajo: la lluvia penetraba hasta la misma losa sepulcral, y ninguna obra de reparacion se emprendia, porque no estaba determinado ni se queria determinar á quién le competia emprenderlas. Los turcos no podian ser los reparadores, por su calidad de infieles; los católicos tampoco, porque hubiera sido una mengua para los cismáticos, que aquellos les tomasen la delantera; ménos aún podian ser estos, porque los protestantes lo habrian llevado muy á mal. Costear aquellas obras necesarias, hubiera sido una especie de toma de posesion del templo reconquistado por el gran Godofredo, aunque desgraciadamente por poco tiempo, y un gran desdoro para los no llamados á costearlas; y entre tantos, como suele decirse, la casa sin barrer.

Esto nos recuerda un episodio curioso de nuestro viaje á Belen. El dia que llegamos á aquel lindísimo pueblecito, que entre la pedregosa aridez del resto de la Judea parece por lo frondoso y risueño un *nacimiento de verdad*, llamó desagradablemente nuestra atencion por su extremado desaseo una plaza que separa dos conventos, uno católico, griego el otro, poblados ambos por numerosos monjes, naturalmente enemigos implacables por el doble motivo de la disidencia religiosa y de la vecindad.

Naturalmente tambien, nos dirigimos al convento católico, donde preguntamos á un fraile español, como los más de la comunidad, por qué estaba aquella plaza tan sucia, y supimos que consistia en que ninguna de las dos comunidades queria reconocer en la otra el derecho de barrerla. Numerosas batallas á garrotazo limpio no habian bastado á dirimir la cuestion, y la plaza, como deciamos ántes, seguia sin barrer. Los buitres y los cuervos y otras aves de rapiña eran allí, hacia muchas semanas, los únicos agentes de policía urbana, segun la práctica general en Oriente. Refiriéndonos en los términos más pintorescos y con los ademanes más expresivos la última refriega habida con el expresado motivo un fraile español, el P. Fuster, valenciano por cierto, hombre de armas tomar, y que habia hecho toda la última guerra de sucesion en las filas carlistas, — nos decia enarbolando en su robusto brazo la estaca con que habia hecho estragos en la falange cismática: —¡Se armó *una palinodia!*... No es fácil expresar la impresion que nos produjo este enérgico modismo, oido á pocos pasos de la gruta sagrada que hoy señala el sitio donde nació el divino Cordero.

En Zurich (Suiza) los prisioneros franceses han tenido el mal gusto, ó la desgracia si se quiere, de ocasionar un grave tumulto, pagando así muy mal la hospitalidad que han encontrado en aquellas pacíficas montañas. Fué el caso que con ocasion de estarse dando en el establecimiento público llamado *La Thonhallé*, una fiesta musical en celebridad de la paz, una parte de la más ínfima plebe, estimulada, dicen, por los numerosos prisioneros franceses residentes en aquella ciudad, empezó á insultar y á apedrear á los espectadores, invadiendo las salas y ensañándose con las señoras, indignidad que no acertamos á explicarnos en soldados y oficiales franceses. Se añade que los *móviles*, que tan mal se portaron por lo comun en la guerra, fueron los peores en el motin: esto ya se explica más fácilmente.

Por último, se decidió que la Asamblea francesa se reuna en Versalles, y ayer era el dia señalado al efecto; pero los graves sucesos últimos de Paris quitan á este hecho toda la importancia del momento, pues ¿quién sabe ya dónde se reunirá al cabo la Asamblea, ni áun si habrá Asamblea? Entre tanto, el movimiento de regreso á Paris de los personajes importantes del caido Imperio, que se habia iniciado con la vuelta del simpático mariscal Mac-Mahon, el vencedor de Magenta, es regular que cese, y con él y con la consiguiente emigracion de extranjeros y familias ricas complete Paris su ruina, ya muy adelantada con los desastres del sitio. ¡Dios tenga compasion de Paris y de Francia!

En Roma han ocurrido algunos desórdenes y atropellos contra los jesuitas, objeto de la especial animadversion de los italianos, por la mucha parte que se les atribuye en la obra de propaganda reaccionaria. Vuelve á hablarse allí de la probable salida de Su Santidad para Malta, las Baleares ó la isla de Córcega; pero esto dista aún mucho de estar resuelto.

CÁRLOS DE OCHOA.

Madrid 22 Marzo.

Ausente de Madrid por pocas semanas el ilustrado redactor de nuestras *Revistas generales*, nos vemos obligados á completar las que nos irá enviando desde Paris y de los demás puntos de Francia adonde debe trasladarse, con una rápida reseña de los sucesos principales últimamente ocurridos entre nosotros. Es hoy el más importante de que debemos dar cuenta la entrada en Madrid de S. M. la reina doña María Victoria, verificada el domingo 19, en medio de un numerosísimo concurso de todas las clases de la poblacion, no entusiasmada sin duda, pero benévola y cortés, salvas contadas excepciones. Se ha observado que esas excepciones han venido cabalmente de donde ménos debia esperarse la falta de cortesía, buen gusto y hasta buena crianza. Un tiempo hermoso favoreció la entrada de los reyes que se ha dado la revolucion, y que siendo todavía apenas conocidos en España, natural es que no inspiren ni el fanático amor que algunos suponen, ni la incurable aversion que suponen ó quieren otros.—Los pueblos no se apasionan hoy en bien ni en mal por las cosas y las personas, aunque sean reales, tan fácilmente como en otros tiempos. El antiguo refran *más vale mal conocido*, etc., ha perdido toda verdad en su aplicacion, por lo ménos, á la política. Conocido ó por conocer, *lo malo* vale ménos, incomparablemente ménos que lo *bueno*, conocido ya ó no, pues al cabo la verdadera bondad no puede estar mucho tiempo oculta.

Conocidos son los resultados de la eleccion de senadores en diez y nueve provincias, generalmente favorables al gobierno. Por lo que respecta á las de diputados, áun no ha publicado el diario oficial el resultado definitivo de los escrutinios parciales; pero creemos que no diferirá mucho de los cálculos hechos hasta ahora, y que dan unos 140 votos de oposicion, contando naturalmente todas las oposiciones. La más numerosa parece que será la *absolutista*, si no lo es la republicana, como quieren algunos. La fraccion alfonsina es la que con ménos votos cuenta hasta el presente; pero este resultado puede modificarse con el de las muchas segundas elecciones á que habrá que proceder por diversos motivos, particularmente á causa de las elecciones dobles y áun triples, y de las de senadores.

Con el título *Historia de las Bellas Artes* desde la época del Renacimiento, con la noticia de los progresos que han tenido en España hasta fines de siglo pasado, hemos recibido de Barcelona una curiosa Memoria escrita por don Antonio Fajar y Ferrer. Contiene numerosas noticias de interés para los aficionados, y es una prueba más de que en la culta capital de Cataluña los estudios artísticos son siempre objeto de predilecta atencion.

El Ramillete, es el título de una Revista de literatura, ciencias y artes que ha empezado á publicarse en Santander, y de que ya hemos recibido los siete primeros números. Deseamos al nuevo colega larga y próspera vida.

Tambien acabamos de recibir el cuaderno 5.º de las *Memorias de la Academia española* correspondiente al mes de Noviembre. Atrasado viene en verdad, no sabemos por qué motivo; pero en cambio ofrece, como todos los anteriores, sumo interés. Llamamos particularmente la atencion sobre las curiosas cartas de don Antonio Martin Gamero al señor Cañete, cuyo asunto es una *zuiza en el siglo* XVI.

X.

DESEMBARQUE EN EL PUERTO DE ALICANTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA VICTORIA.

Anunciada muchas veces la venida á España de S. M. la reina doña María Victoria, y suspendida otras tantas por accidentes al parecer imprevistos, y que debieron de hacer imposible por algunos dias la continuacion del comenzado viaje, éste se realizó por fin, y S. M. ha llegado felizmente al puerto de Alicante, designado en Consejo de Ministros para el desembarque de la augusta viajera.

Anticipadamente habian llegado á Alicante S. M. el rey don Amadeo I, el presidente del Consejo de Ministros, los ministros de Estado, Fomento y Marina, y otros elevados personajes de la situacion, y el pueblo alicantino ha obsequiado á su régio huésped y demás personas de la comitiva con esa esplendidez y buena voluntad que es proverbial en los ciudadanos españoles.

Llegó, por fin, el dia 17, y á las ocho de la mañana hicieron los cañones del castillo la señal de hallarse á la vista, en aguas de Alicante, la escuadra que conducia y escoltaba á S. M. la reina, y á las diez se verificó el desembarque felizmente, en medio de entusiastas aclamaciones.

El grabado de la pág. 145, representa este acto solemne.

La fragata italiana *Príncipe Humberto*, de madera, que es la que conduce á la reina, y las españolas *Numancia* y *Victoria*, blindadas, tuvieron que fondear, por causa de su mucho calado, á larga distancia del puerto: ondeaba el pabellon italiano en los tres buques, y estaban engalanados con multitud de banderas y vistosos gallardetes.

El rey, acompañado de los ministros, de la alta servidumbre de palacio, autoridades y demás personajes invitados, se dirigió á la fragata *Príncipe Humberto*, y despues de saludar á S. M. la reina, regresó con su esposa al muelle, atravesando entre multitud de falúas, de las cuales salian entusiastas vítores.

Al pié del embarcadero se habia construido un vistoso kiosco, y en él esperaban las autoridades que no habian ido á bordo, y las comisiones de sociedades y corporaciones de Alicante. Entre las aclamaciones del pueblo llegaron á su morada los régios viajeros, deteniéndose ántes en la colegiata, donde se cantó un solemne *Te-Deum*.

A los dos dias siguientes, á la una y media de la tarde, los reyes han hecho su entrada en Madrid, hospedándose en el secular alcázar de los monarcas castellanos.

LA CABRA NEGRA.

CUENTO POPULAR.

I.

Es cosa convenida que todo cuento, fábula ó apólogo ha de tener su moraleja, palabra que, tal como suena, vale tanto como pequeña moral, aunque el Diccionario de la Academia de la lengua castellana no se ha tomado la molestia de decírnoslo. El cuento que voy á contar tiene aún más que moraleja: tiene moral muy grande, pues con él se prueba que las faltas pequeñas van creciendo, creciendo como las bolas de nieve, hasta convertirse en delitos enormes que aplastan con su peso al individuo, á la familia ó al pueblo que incurre en ellas.

¿Quién no recuerda haber oido á su madre la historia de un gran criminal que empezó su triste carrera robando una aguja de coser y la terminó muriendo ajusticiado en un patíbulo? Historia muy parecida á la de este desdichado es la del pueblo de San Bernabé, sobre cuyas solitarias ruinas, cubiertas de zarzas y yezgos, y coronadas con una cruz como la sepultura de los muertos, me lo contaron una tarde á la sombra septentrional de la cordillera pirenáico-cantábrica.

II.

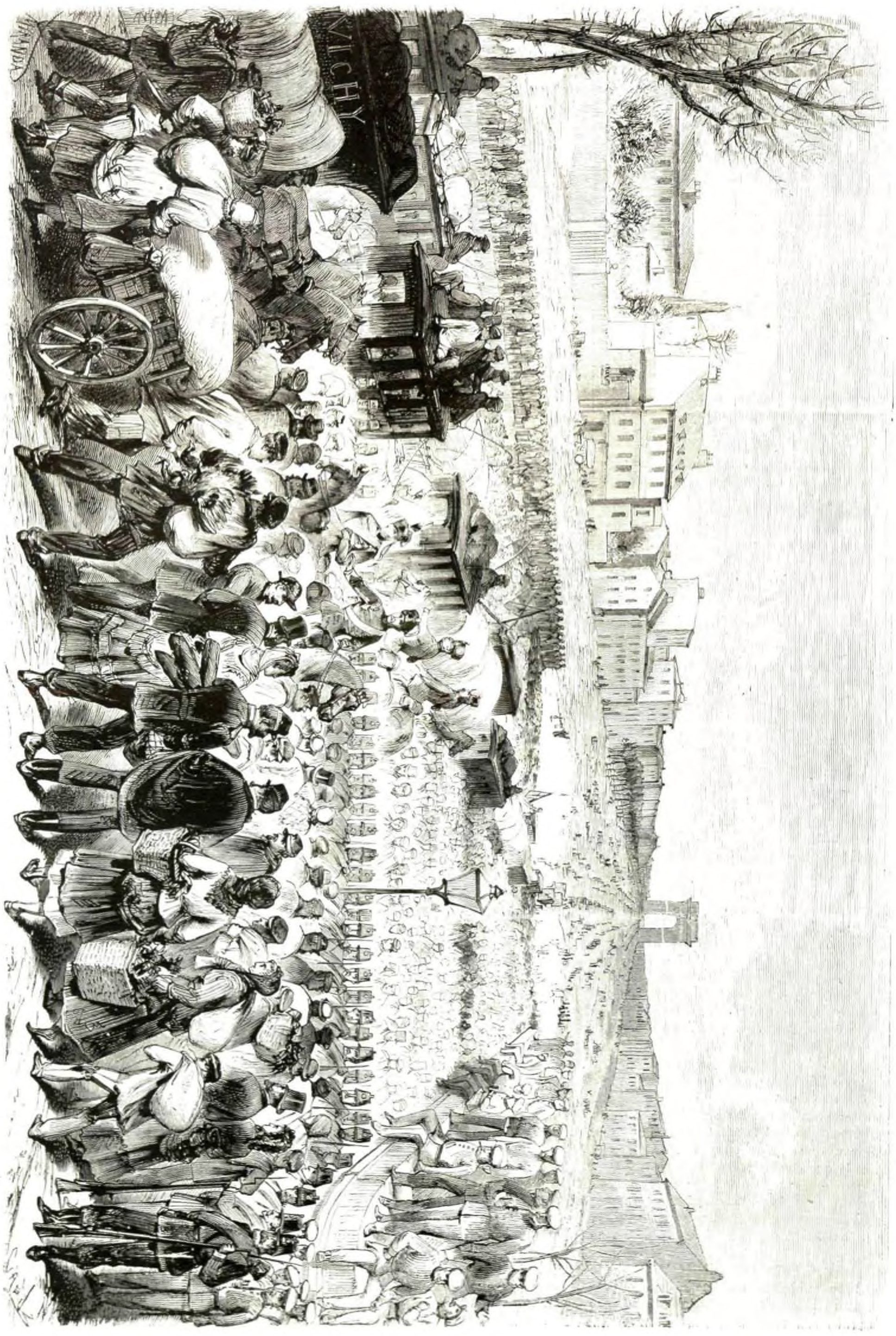
En una de aquellas colinas pertenecientes al noble valle de Mena, que se alzan entre Arceniega y el Cadagua, dominados por la gran peña á cuyo lado opuesto, que es el meridional, corre, ya caudalosísimo, el Ebro, existia desde el siglo VIII un santuario dedicado al apóstol San Bernabé. Este santuario era uno de los muchos que desde el Ebro al Océano, separados por un espacio de diez leguas, erigió la piedad de aquella muchedumbre de monjes y seglares que se refugiaron en aquellas comarcas cuando los mahometanos invadieron las llanuras de Castilla y se detuvieron en la orilla meridional del gran rio, sin atreverse á pasar á la opuesta en cuyas fortalezas naturales los esperaban amenazadores y altivos los valerosos cántabros reforzados con los fugitivos de Castilla.

Mientras la guerra fué el estado normal de la península ibérica, las comarcas de aquende el Ebro (escribo orilla del Océano cantábrico) se vieron casi despobladas porque sus moradores, ya movidos por su carácter belicoso que no pudo domar por completo la soberbia Roma, como lo prueba aún la existencia de la lengua aborigen ibérica, ó ya obedeciendo á sus particulares instituciones, en vez de manejar la esteva y la azada, manejaban la ballesta y la lanza.

Cuando con la completa expulsion de los mahometanos de la península hispánica, que habian señoreado casi por completo por espacio de más de siete siglos, y más tarde, con la institucion de los ejércitos regulares y permanentes y la mejora de las relaciones internacionales, la guerra dejó grandes períodos de descanso y respiro á España, estas comarcas vieron aumentar notablemente su poblacion ántes tan mermada, que áun á fines del siglo XVI se hizo constar, en un documento oficial y solemne, que en Vizcaya, cuyo número de almas apenas pasaba de sesenta mil, existian diez mil viudas cuyos maridos habian muerto en defensa de la patria. La patria, por cuya gloria habian dado la vida aquellos diez mil vizcainos, era Castilla, era España, cuyas glorias y tribulaciones siempre tuvo Vizcaya por tribulaciones y glorias propias, así mientras no la ligaron á ella más vínculos que los de la hermandad y la fé, como desde 1379 en que se incorporó á la corona de Castilla por haber ascendido al trono castellano sus señores condicionalmente hereditarios.

Cuando, en tiempos relativamente muy próximos á los nuestros, la poblacion de aquende el Ebro crecia, crecia de modo que no quedaba vallecito al pié de las montañas ni relleno en las faldas y áun en las cumbres de éstas que no se fuese utilizando para la poblacion y el cultivo, llegó al santuario de San Bernabé, entónces solitario y aislado en la cumbre de una colina, un peregrino cuyo cuerpo estaba lleno de cicatrices adquiridas lidiando valerosamente por la gloria de su patria, España, en los campos de Flandes. Era un soldado cántabro, que habia prometido al apóstol visitar su santuario si tornaba á ver las amadas montañas de la patria.

Decidido á trocar la azarosa vida del soldado por la pacífica del labrador, que habia sido la de su primera juventud y se aviene más con la edad provecta, pidió con ardiente fé al santo apóstol que iluminase su in-



PARÍS. — ENTRADA DE LOS PRIMEROS GANADOS DE ALLIER, DESPUES DEL ARMISTICIO.

PARÍS.—EL GRAN MERCADO (*Halle Centrale*), AL LLEGAR LOS PRIMEROS VÍVERES.

LA GUERRA.—DESFILE DE LAS TROPAS ALEMANAS, EN LOS CAMPOS ELÍSEOS.

teligencia al escoger el rincon del mundo donde con más honra de Dios y de la sociedad civil habia de pasar el resto de su vida; y como al salir del templo echase de ver que á la sombra de éste se extendian primero en suave declive y luego en apacible llano, terrenos incultos, soleados y cubiertos de una espesísima capa de mantillo vegetal, que prometian pingües cosechas de cereales, legumbres, frutas y vino, entendió que aquel era el sitio que el apóstol le designaba para la creacion de su hogar.

Apoyado en las leyes que aseguraban la propiedad de los terrenos no amojonados é incultos á sus roturadores, quebrantó algunas aranzadas de terreno, y tales resultados obtuvo de este trabajo, que en seguida labró una caseria en la cabecera de las nuevas roturas, y pocos años despues San Bernabé era un pueblecito de veinte vecinos, cuya prosperidad envidiaban todos los de la comarca.

III.

En verdad, en verdad os digo que los vecinos de San Bernabé eran dignos de envidia. Aldea tan sana y alegre y rica y feliz como aquella no existia desde el Ebro al Océano cantábrico, donde ya existias tú, ¡oh mi dulce aldea nativa, que si nunca has sido rica, siempre has sido sana y alegre y relativamente feliz, ménos cuando la guerra, que Dios y los hombres maldigan, ha extendido sobre ti sus negras alas!

San Bernabé tenia cirujano propio, porque no se dijera que cuando Dios colmaba de prosperidades al pueblo, éste trataba de escatimar algunos miles de reales; pero lo cierto es que el cirujano se aburria por no saber en qué pasar el tiempo, pues allí sólo se conocia una enfermedad, si bien tan grave que no tenia cura: esta enfermedad era la vejez, que en San Bernabé no solia notarse hasta los setenta años. Unicamente abundaban en el pueblo los partos, porque las sanbernabesas eran fecundas como un demontre; pero áun así se aburria el pobre facultativo, porque como las mujeres eran muy sanas y robustas, al dia siguiente de parir ya las tenia usted como si tal cosa. En golpes de mano airada no habia que pensar, y esto tenia una explicacion muy sencilla: dice el refran que donde no hay harina todo es mohina; y como en San Bernabé no habia casa donde la honra no sobrase, todos vivieron como hermanos, y jamás en la aldea habia un quitame allá esas pajas.

Los campos que por término medio suelen dar de peñas arriba el diez por uno de cereales, daban en San Bernabé el veinte ó veinticuatro. Luégo, como en torno de la colina en que se alzaba la aldea coronada por su iglesita bizantina, se extienden dilatados encinares con cuya bellota se cebaban centenares de cerdos, y dehesas no ménos dilatadas donde millares de ganados reventaban de gordos todo el año, el vecino más pobre tenia cuanto jamon, leche y carne necesitaba para el gasto de su casa, y cada año sacaba un dineral del sobrante. El vino que se cosechaba en San Bernabé era flojito, pero el pícaro se dejaba beber que era una delicia y alegraba sin emborrachar, que es lo que deben hacer los vinos como Dios manda. En cuanto á la abundancia y calidad de los frutos de San Bernabé, bastará decir en su elogio que desde que coloreaba la primera cereza hasta que lloraba el último higo, todos los pájaros de ambas orillas del Ebro trasladaban su residencia á San Bernabé, donde á todas horas armaban una música que arruinaba y desacreditaba á los tamborileros. Solamente la miel que exportaban los sanbernabeses importaba miles de reales al año, porque era tan abundante como rica, merced á la abundancia de flores y plantas aromáticas que embalsamaban en todo tiempo aquel paraiso.

Pues si la abundancia reinaba en todas las casas de la aldea, ¡no le digo á usted nada de lo que reinaba en la depositaria del municipio! Los gastos de éste eran relativamente enormes, porque culto y clero, cirujano, escuelas de ambos sexos, alguacil, postor, guarda de campo, sereno, todas las dependencias del municipio estaban espléndidamente dotadas; y en obras públicas, tales como la compostura y conservacion de caminos y paseos, y limpieza del riachuelo para que sus aguas no se estancasen y produjesen tercianas, se gastaba un sentido. Aun así, la depositaria rebosaba siempre dinero, y eso sin necesidad de repartos vecinales, sisas ni arbitrios de ninguna clase: en un solo dia del año, con un módico lucro en la venta de vino y otros artículos que se reservaba para ese dia el ayuntamiento, sacaba éste recursos sobrados para atender á todas sus obligaciones. Este dia era el del santo titular, que se celebraba el once de Junio, en la estacion de las flores y las cerezas.

Ya desde tiempo inmemorial era muy concurrida la romeria de San Bernabé, pero el ayuntamiento del pueblo habia encontrado medio de llevar á ella á la cuarta parte de los habitantes de las provincias de ambas orillas del Ebro, y este medio consistia en la preparacion de magníficas funciones de iglesia, toros, comedias, fuegos artificiales, partidos de pelota, bailes, rifas á favor de los forasteros, músicas y fuentes públicas de vino, cuyo programa se fijaba con la debida anticipacion en el pórtico de todas las iglesias de los pueblos comarcanos.

El dinero que los forasteros dejaban en San Bernabé el dia de la romeria bastaba para enriquecer á los vecinos en particular, y al ayuntamiento en general.

Para que todo fuese dicha en San Bernabé, aquella aldea hasta tenia la de que los pedruscos que desolaban todos los veranos los campos de los lugares cercanos, no tocasen los suyos. Y esto se debia á la sábia prevision de los sanbernabeses. Los curas de Biergol, pueblecito de aquella comarca, tenian desde tiempo inmemorial fama de singular virtud para conjurar los nublados y la oruga, como consta en el archivo municipal de Balmaseda, cuyo ilustre y progresista hijo, el difunto don Martin de los Heros, muy dado á esta clase de investigaciones, averiguó que la noble villa debió infinitas veces á aquella virtud la salvacion de sus amados viñedos. Los sanbernabeses, que no tenian pelo de tontos, se empeñaron en que su señor cura, costase lo que costase, habia de ser natural de Biergol, y se salieron con la suya.

Esta adquisicion les dió soberbios resultados. Asomaba la tempestad, rugiendo como un leon y negra como el pecado, por las cimas de Ordunte, ó Angulo, ó Gorbea, ó Colisa, ó Ayala, ó Bagasarri, y el señor don José, que así se llamaba el cura, se encaraba con ella desde el campo de la iglesia, mientras el sacristan tocaba á *tente-nube*, como diciéndole: ¡Anda, chiquita, atrévete á venir acá, que ya nos veremos las caras! La tempestad bramaba de rabia ante aquel desafio, y avanzaba, avanzaba lanzando rayos y centellas y piedras y demonios colorados sobre los campos de los lugares cercanos á San Bernabé; pero ántes de llegar á la jurisdiccion de esta aldea, se paraba palpitando de ira, lanzaba el trueno gordo para desahogarse un poco, deba media vuelta á la izquierda ó á la derecha de San Bernabé, y continuaba su camino, mientras los sanbernabeses seguian al señor cura á la iglesia para entonar un *Te-Deum* por la victoria obtenida sobre el mónstruo que amenazaba sus fértiles y benditos campos.

Sólo un pesar lastimaba á los felices sanbernabeses, y era la envidia que les tenian los habitantes de los pueblos comarcanos, y singularmente los de Biergol, que segun sus sospechas andaban siempre sonsacando al señor cura su paisano para que se volviese á su pueblo, que no tenia la dicha de poseer cura natural del mismo.

IV.

Describamos de cuatro plumadas la poblacion de San Bernabé, para que así se comprenda mejor lo que en ella va á pasar.

La iglesia parroquial, que aunque pequeña, era muy linda y, como he dicho, coronaba la colina dominando las montañas de las Encartaciones de Vizcaya (el valle de Mena pertenece á la provincia de Búrgos, aunque Dios le formó pedacito de Vizcaya) y gran parte de los valles de Mena, Tudela y Ayala.

Un gran campo poblado de seculares encinas, cerezos y nogales, á cuyo pié habia asientos de piedra, rodeaba la iglesia prolongándose en semicírculos por el declive oriental de la colina, como para buscar la calle de la aldea que estaba hácia aquel lado y empezaba donde el campo concluia. Á un extremo de esta prolongacion estaba la casa consistorial, cuyo piso bajo ocupaban las escuelas y la habitacion del maestro y la maestra, que eran marido y mujer, y el superior las del alguacil y otros dependientes del concejo. Al extremo opuesto estaba otra casa de dos pisos, que ocupaban el señor cura, el sacristan y el cirujano. Por último, las veinte casas restantes formaban una ancha calle, de diez en cada hilera, con medianeria de hermosas huertas, en el declive oriental de la colina, empezando, como he dicho, donde concluia el campo, y terminando donde empezaban las heredades que circuian toda la colina, y descendiendo al llano se dilataban por él formando corta pero fertilísima vega.

Era una tarde del mes de Julio, y los vecinos de San Bernabé andaban muy ocupados con la siega del trigo y con la resalla ó rescerda del maiz. El sol se escondia ya tras las cordilleras de Ordunte, rojo como la *zamarra* que voltean bajo el enorme mazo los *ola-guizones* del cadagua. El señor cura, que compartia la caidita de las tardes de verano entre un hermoso loro que tenia siempre en el balcon y un desportillado breviario que tenia siempre en el bolsillo, hizo una caricia al loro, y saliendo al campo se sentó al pié de una encina á leer su breviario.

Dos rengloncitos para dar á conocer al señor cura, aunque bastante se dará él á conocer durante este verídico cuento, en que lo único que tengo que inventar es el modo de decir las cosas un poquito mejor que las dice la gente de quien las averiguo. El señor cura de San Bernabé era lo que en el lenguaje familiar llamamos un bendito: tenia en el corazon el máximum de la fé y la bondad que se necesitan para ascender al cielo, y en la cabeza el minimum de la inteligencia que se necesita para ascender al sacerdocio.

Una mujer pasó viniendo de hácia las heredades, y entre ella y el señor cura se entabló el diálogo siguiente:

—¡Buenas tardes, señor don José!

—Buenas te las dé Dios, Juana. ¿Vas ya de retirada, eh?

—Sí, señor, voy á preparar la cena, porque aquellos pobres ya tendrán gana.

—La siega es un trabajo muy pícaro.

—Calle usted, señor, si al cabo del dia tronza el espinazo y los brazos, y más aquí que pesa tanto la espiga.

—Este año parece que está bueno el trigo.

—Como todos los años. No parece sino que Dios derrama todas sus bendiciones sobre San Bernabé.

—¡Es lástima que no conceda igual beneficio á los pobres pueblos inmediatos!

—Ande usted, señor, que bien merecido lo tienen por envidiosos.

—Mujer, no digas eso.

—¿Y por qué no lo he de decir? ¡Ay! señor don José; ¡ya se conoce que usted no es del pueblo!

—¿Tambien tú sales con esas chocheces? Para el sacerdote todos los pueblos son uno, porque todos los hombres, vivan donde vivan, son hijos de Dios, y por consiguiente, hermanos.

—Sí; pero á cada uno le tira su pueblo más que los otros, como le sucede á usted.

La mujer continuó su camino, y poco despues, de la chimenea de su casa se alzaba una azul humareda. Sucesivamente fueron pasando otras mujeres, teniendo parecida conversacion con el señor cura, y sucesivamente fué alzándose el humo de otras casas.

V.

El sacristan atravesó el campo, dirigiéndose á la iglesia, y tocó á la oracion. Ya entónces conversaban con el cura algunos vecinos que iban llegando de las heredades y se iban sentando bajo las encinas para descansar, charlar un poco y echar una pipada, mientras en su casa se preparaba la cena.

El señor cura, al oir el toque de la campana, se levantó, se descubrió la cabeza, y todos le imitaron. Re-

zadas las Ave-Marías, que dirigió el señor cura, todos volvieron á sentarse, á fumar y á charlar.

Poco á poco fueron llegando otros vecinos, hasta reunirse allí casi todos los de la aldea. Hácia el camino del monte sonaron cencerrillas de ganado, y un momento despues aparecieron en el campo todas las cabras y ovejas del pueblo, que en verano dormian al fresco en dos grandes rediles colocados, el de las ovejas delante de casa del señor cura, y el de las cabras delante de la casa consistorial ó del concejo.

Las cabras eran todas blancas, como generalmente lo son las de aquella comarca, menos una, que era negra como la mora. Esta cabra llamó la atencion de los sanbernabeses.

—¡Calla! dijo uno de ellos; ¡esa cabra es forastera!

—De juro, asintieron otros.

—Hombre, ¡qué gorda y hermosa es!

—¿De dónde es esa cabra negra, pastor?

—Ella, contestó el pastor, forastera es; pero no sé de dónde, porque en el monte se han reunido hoy con las nuestras las de Biergol y otros lugares.

Al dia siguiente, á la misma hora, la misma cabra apareció en el mismo sitio, entre las de San Bernabé, y suscitó parecida conversacion.

Al otro dia sucedió lo propio.

—Por lo visto, dijo uno de los vecinos, la cabra negra se ha empeñado en ser sanbernabesa.

—¡Y qué alhaja es! Hombre, ¡si revienta de gorda!

—¡Saben ustedes que para una merienda entre todos los vecinos del pueblo, era á pedir de boca!

—¡Excelente idea!

Los sanbernabeses tenian en aquel instante flojo el estómago, y ya se sabe que esta flojedad inspira las ideas más atrevidas. ¡Cuántas gloriosas resoluciones políticas han sido inspiradas por la flojedad de estómago!

—¡No digan ustedes disparates! replicó el señor cura disgustado de que áun en broma tratasen gentes cristianas y honradas de apropiarse lo ajeno.

—Usted ha de perdonar, señor cura, le contestó uno de los vecinos; pero no me parece ningun disparate el que nos comamos en amor y compañía una cabra que no tiene dueño.

—¿Y quién les dice á ustedes que no le tiene?

—Claro está que no le tiene, cuando nadie la reclama.

—En ese caso tambien se diria que no tiene dueño el bolsillo de dinero que uno se encuentra en un camino, y sin embargo no puede uno disponer de ese dinero, aunque su dueño no lo reclame.

—¿Que no? ¡Ave-María purísima! nunca oí otro tanto. ¡Diga usted que yo me encontrara mañana una docenita de onzas, y veria usted si disponia ó no de ellas! Lo que se pierde es del que lo encuentra.

—Lo que se pierde es del que lo ha perdido. La Sagrada Escritura dice: «Si encontrares buey ú oveja de tu prójimo, devolvérsele debes.»

—Pero venga usted acá, señor cura, y dígame una cosa. Si mañana, ú otro dia, se va una cabra de las nuestras... por ejemplo, con las de Biergol, y los de Biergol ven que pasan dias y dias sin reclamarla su dueño, ¿cree usted que no se la comerán?

—Harán muy mal, si se la comen.

—Pero se la comerán.

—¡Claro está!! exclamaron todos los vecinos.

—Pues yo digo que está turbio, replicó cada vez más incomodado el señor cura, levantándose de su asiento.

—Nada, nada; mañana, si Dios quiere, que es domingo, á la caidita de la tarde, hacemos aquí mismo una merendona con la cabra negra.

—No harán ustedes semejante picardía.

—Pero ¿por qué no, señor cura?

—Porque seria faltar á los Mandamientos de la ley de Dios.

—¡Cá! repuso con malicia uno de los vecinos; no es por los Mandamientos por lo que se opone usted á que nos comamos la cabra: es porque sospecha usted que la cabra es de Biergol.

—¡Justo, por eso es! asintieron todos los demás.

—Ya me tienen ustedes harto con tan ruines sospechas. ¡Pero no sean ustedes tercos, hombres de Dios! Si quieren tener mañana una merienda, ténganla como Dios manda; háganlo á escote...

—¡A escote! Eso no tiene gracia. La gracia está en que merendemos sin costarnos un cuarto.

—A costa del vecino, ¿no es verdad?

—Del vecino, ¿eh? Ahí, ahí es donde le duele á usted, señor cura.

El señor cura no pudo aguantar más: viendo que no hallaba medio de convencer á aquellos majaderos, tomó el camino de su casa, despues de lanzarles esta especie de triste profecía:

—Harán ustedes la picardía que se les ha puesto en la cabeza, pero no la harán impunemente; San Bernabé ha sido hasta aquí un pueblo feliz y próspero, porque hasta aquí ha sido justo y honrado; pero tengan ustedes entendido que los individuos, las familias y los pueblos, empiezan á ser desgraciados allí donde empiezan á ser injustos.

Los sanbernabeses se pusieron un poco pensativos al oir estas palabras; pero como uno de ellos exclamase al fin:

—¡Qué demonios! dejémonos de escrúpulos de monja, y merendemos mañana la cabra negra.

—Sí, sí, asintieron casi todos, mañana domingo nos la merendaremos con un pellejo de vino que pagaremos á escote.

Y en efecto, al dia siguiente la cabra se merendó entre todos los vecinos en el encinar de la iglesia, con gran algazara y salvas de cohetes y escopetazos y burlescos brindis á los lugares inmediatos y particularmente á Biergol.

Entre tanto, el señor cura pedia á Dios en la iglesia que no tomase en cuenta la obstinacion con que aquellas gentes, hasta allí tan justas y honradas, quebrantaban uno de sus mandamientos.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

PARÍS.—LLEGADA DE CONVOYES CON VÍVERES.

Despues de la escasez, la abundancia.

Figúrense nuestros lectores el placer que sentirian los habitantes de Paris, tras una *encerrona* de cinco meses y hambre canina por añadidura, que no perdonaba siquiera á los apuestos *bijous* (vulgo perros) de las más afamadas hembras del *demi-monde*, al ver que se aflojaban algun tanto los férreos eslabones de la bien forjada cadena alemana que les oprimia con tanta crueldad desde los últimos dias de Setiembre próximo pasado.

Y nosotros, los que no hemos gozado felizmente de las dulzuras de un sitio *en regla*, no podremos fijar con exactitud el número de grados á que habrá ascendido, en el termómetro de la alegría, la natural jovialidad parisiense, al observar una mañana, en la del 3 de Febrero, que grandes convoyes atestados de víveres—¡de pan blanco y carne de vaca!—cruzaban majestuosamente y casi á la vez por las líneas prusianas de Neuilly, por la ancha calzada de Vanves, por los caminos de Chatillon, de Orleans, de Choisy, etc.

El armisticio habia sido firmado, los preliminares de la paz aceptados por el gobierno de la defensa nacional; natural era, por lo tanto, que los buenos hijos de Paris deseasen entónces comer—cosa rara para muchos de ellos desde los últimos dias de 1870.

Y como los alemanes han dado pruebas evidentes de que son hombres prevenidos, respondieron en el acto á los deseos de sus adversarios, é hicieron llegar á Paris enormes cantidades de víveres que habian acopiado de antemano, y guardaban *para el caso* en los palacios de Versalles y Saint-Germain, y en las risueñas *villas* y graciosos *chalets* de Montreuil, de Ferrieres, de Thais—convertidos en almacenes de comestibles y *bebestibles*.

—¡Ni agua, ni fuego!—habian dicho algunos meses ántes los benditos parisienses, soberbios como niños mimados, cuando el telégrafo les anunciaba las inesperadas derrotas de Forbach y Woerth,—y con tal frase indicaban su formal resolucion, digna de los ciudadanos de Esparta, de negarse á dar y negarse á recibir, por mano de alemanes, auxilios de ningun genero, teniendo en cuenta que los audaces germanos, en vez de correr hácia Berlin delante de las célebres culatas, se habian permitido cometer el imperdonable crimen de vencer en tres combates.

Pero nadie diga—canta un refran español—de esta agua no beberé.

No ya en tres combates, en veinte más triunfaron los soldados del Rhin, y á los pobres parisienses faltóles tiempo para batir palmas de puro júbilo, al divisar desde el Arco de la Estrella, esa historia granítica de las hazañas ó de la fortuna del primer Bonaparte, los pesados furgones de víveres que aparecieron en la avenida de l'Etoile, procedentes acaso de Neuilly.

Tal es lo que representa el grabado de la pág. 148.

Y en el de la pág. 149 hallarán nuestros suscritores una vista—del natural, cróquis de uno de los corresponsales de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA—del mercado principal de Paris *(Halle centrale)*, en los momentos precisos de haberse descargado los vagones de víveres que llegaron á la capital de Francia, segun hemos expuesto anteriormente, en la mañana del 3 de Febrero último.

Lo repetimos: hay hechos que encierran provechosa enseñanza, y la noble nacion francesa no debe de olvidarse, no se olvidará jamás, de las causas que han producido el inmenso infortunio que hoy la apena.

EL ÁNGEL DE LA PAZ.

Una bella alegoría damos en las páginas 152 y 153.

La paz, dulce emanacion del cielo, dicha de las naciones, alegría purísima de las familias, aparece en el centro del grabado bajo la figura de una hermosa jóven que guarda para el vencedor una corona y para los dos combatientes un ramo de oliva.

Desciende sobre el campo del combate, lleno aún con los despojos sangrientos de las batallas, y parece que de sus labios entreabiertos se escapan aquellas sublimes palabras con que los ángeles anunciaron al mundo la venida de Jesucristo: *Pax in terra*.

A derecha é izquierda se representan algunas escenas conmovedoras.

Los guardias móviles de la Francia vuelven á sus hogares y reciben cariñosos abrazos de un padre anciano á quien sostenian con el producto de su trabajo, de una tierna esposa cuyos consuelos eran la dulzura de su vida, de un niño inocente que les prodigaba infantiles caricias en las horas amargas del infortunio.

En otro lugar se distingue un numeroso rebaño, símbolo seguro de la abundancia, que camina al través de las montañas y al lado de carros cargados de doradas mieses, porque la paz, la benéfica paz, hace que los campos se cubran de olorosas flores, y que hasta la misma tierra se regocije—segun la poética expresion de Plinio—de verse romper con el arado del labrador triunfante.

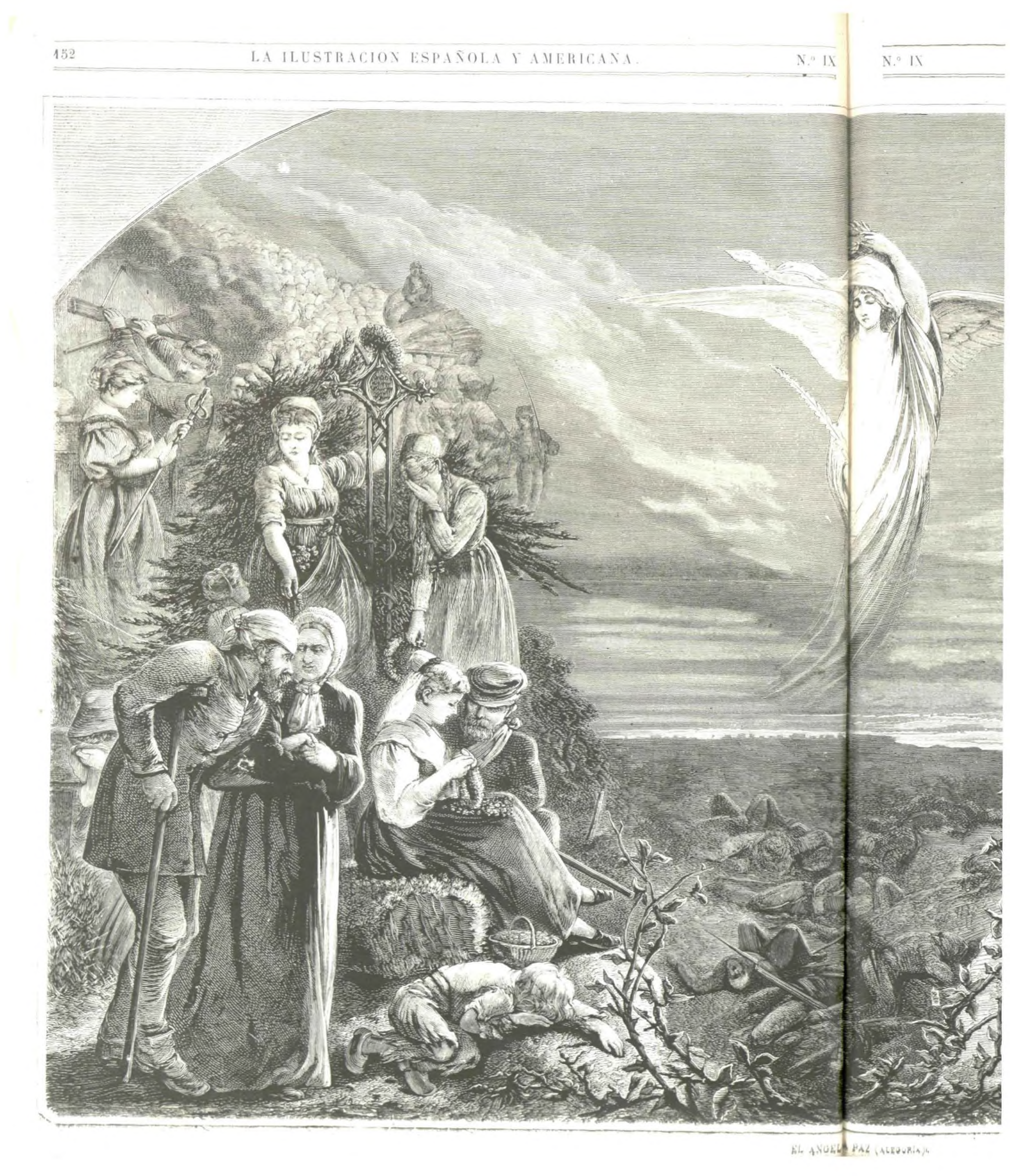
Escenas de otra especie aparecen tambien en la citada alegoría.

Un anciano de la Alsacia, entregado á la desesperacion, quizá porque la horrible guerra le ha destruido sus campos ó le ha arrebatado algun hijo querido; una piadosa doncella que adorna la cruz del cementerio con una corona de siemprevivas: un soldado aleman que torna victorioso al seno de su familia y cuelga las armas en los muros del hogar doméstico; una jóven amante que llama en vano al elegido de su corazon, y llora, y se retuerce los brazos con ademan desesperado...

La fecunda imaginacion de los gentiles personificó la paz, en contraposicion al espantoso nombre y al hecho más espantoso todavía de la guerra; y si los antiguos elevaron templos á la iracunda Belona, y la concedieron inteligencia y afectos propios de los dioses y de los séres humanos, tambien construyeron altares á la piadosa Minerva, quizá para apartar de la memoria de los hombres los horrores que envuelve la fatídica palabra guerra.

La personificacion de la paz es un bello ideal, en cuya ejecucion—ha dicho un escritor de la antigüedad—

N.º IX



EL ANGEL DE PAZ (ALEGORIA).

deben tenerse presentes todas las reglas del arte y del buen gusto: sublimidad, sencillez, gracia, expresion, belleza, armonía y naturalidad, y todo esto con tal maestría—añade—que debe parecer como que las Gracias dirigen la mano del artista.

Creemos que nuestra alegoría agradará á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

DE LA PINTURA EN ESPAÑA

ANTES DE VELAZQUEZ (1).

A MI QUERIDO AMIGO DON JOSÉ MARÍA CHACON, OFICIAL DEL MINISTERIO DE FOMENTO.

Tarda en nacer y lenta en su desarrollo fué la pintura en España; que, ántes de producir un artista cuyas obras merecieran fijar la atencion cuando este género de estudios llegó á ser asunto de predilectos é ilustrados afanes, conoció poetas de verdadero mérito, autores de baladas, canciones y romances nacionales, y elegantes imitadores de los modelos italianos, como asimismo cronistas de fácil y ameno estilo, y hasta críticos y eruditos que contribuyeron en gran manera con sus doctas y profundas investigaciones á aclarecer y pulimentar el habla castellana; y arquitectos tambien que levantaron una multitud de magníficos templos, de imponentes monasterios, de suntuosos palacios y de fuertes y enriscados castillos, obra de su ingenio y habilidad. Ni tampoco tuvieron los naturales de la península para cultivar las artes de la paz aquella ocasion y deseo que nacen de la quietud y el sosiego del espíritu, hasta la union de las coronas Castellana y Aragonesa y la sujecion completa de los moros, al cabo de siete siglos de lucha incesante y ruda. Y áun cuando las antiguas relaciones comerciales y políticas que unian el reino de Aragon á la Italia contribuyeron á introducir alguna aficion á la pintura en Barcelona y Zaragoza, lo demás de la península no pareció entónces querer seguir el movimiento, viéndolo con indiferencia. Tanto es así, que, para encontrar los nombres de algunos pintores, al parecer nacionales, se hace necesario recurrir á los archivos monásticos del siglo XIV, y que don Juan II de Castilla (1407-1454), apasionadísimo de la poesía y de la música, y que gustaba de la sociedad de los literatos y trovadores, tuvo en su corte dos artistas extranjeros: el pintor florentino Dello y el flamenco Rogel, á falta de españoles.

Pero ninguna de las tres grandes escuelas en que se divide la pintura española: Andaluza, Castellana y Valenciana, puede considerarse con vida propia y bien calificada sino es al mediar el siglo XV, en atencion á que Juan Sanchez de Castro, fundador de la primera, no floreció en Sevilla, segun parece, hasta los años de 1454, dando término á su carrera en 1516; á ser reputado Antonio del Rincon, á quien cruzó de Santiago en 1500 Isabel la Católica, como padre de la de Castilla, y á que Neapoli y Aregio, á quienes Valencia debe la suya, pintaron para la catedral en 1506, siguiéndolos á larga distancia un Nicolás Falco, de muy escaso renombre.

Pocos en número fueron los artistas dignos de alabanza que salieron de estas escuelas en todo el siglo XVI; y áun cuando Isabel la Católica tuvo á un castellano como pintor de cámara, su nieto Cárlos V, muy perito en artes, pareció no hallar un solo español merecedor de honra tan señalada por su parte. Y, sin embargo, Sevilla se gloriaba en aquel tiempo de poseer á Luis de Vargas y Juan Villegas Marmoleja. El primero de estos artistas,—el más hábil por cierto,—estudió en las escuelas de Roma, y su estilo recuerda el de Perino del Vaga; el segundo, aficionado á los modelos flamencos, logró dar á sus composiciones, aunque más secas y duras, cierta semejanza lejana con las de Hemling. Pablo de Céspedes, canónigo del cabildo de Córdoba, que residió largos años en Roma, goza de una reputacion injustificada á juzgar por el corto número de cuadros que nos quedan suyos; y si merece vivir en la posteridad, es más bien á título de autor de un poema sobre la pintura y de algunas notas acerca del arte,—primeros escritos de este género que parecieron en Castilla—que como pintor. Luis Morales, apellidado el *Divino*, tal vez perteneció á la escuela de Andalucía, áun cuando vivió en Badajoz; y los cuadros en que supo trazar algunos patéticos episodios de la vida de Nuestro Señor y de la Virgen son tan notables por la energía de la expresion y la profundidad del espíritu religioso que domina en ellos, como por el vigor de su colorido y la superioridad técnica de la ejecucion.

En grado eminente reune tambien iguales méritos Vicente Juan Macip, más conocido bajo el nombre de Juan de Juanes, con el cual figura en primera línea entre los más distinguidos pintores valencianos. Su gran superioridad sobre todos los artistas de aquel tiempo da motivo á suponer que hizo sus estudios en Italia, áun cuando es difícil averiguar quién fuera el pintor italiano cuyo estilo ejerció sobre él la influencia que se revela en sus obras y que las hace tan notables. Porque, mientras afecta en su dibujo una severidad ascética, y se recrea luégo desplegando las galas de un colorido brillante, bajo el punto de vista del carácter rara vez han podido igualar otros artistas y ménos sobrepujar algunos de sus rostros del Salvador.

Fué Castilla más rica en pintores notables, durante el siglo XVI, que Andalucía y Valencia. Fernando Gallegos (hácia 1550), enriqueció los opulentos monasterios de Salamanca de obras dignas de los mejores maestros de Brujas y de Bruselas; y la ciudad metropolitana de Toledo estaba orgullosa de su Alonso Berruguete (1480-1561), artista de primer órden, discípulo de Miguel Angel, en Roma, ó, al ménos, familiarizado con las obras de aquel grande hombre, y que, como arquitecto, jamás tuvo rival que lo aventajara en el suntuoso estilo denominado en España *Plateresco*, y del *Renacimiento* en lo demás de Europa. Todavía existen algunas fachadas suyas en Salamanca de rica, bella y elegante ornamentacion, y en las cuales se combinan con tanta gracia y gusto tan exquisito guirnaldas, aves, carátulas y arabescos, trazados de una manera tan ingeniosa y delicada como segura sobre la piedra, que no es posible hallar nada más perfecto de aquella época ni áun entre las obras maestras de artistas italianos y franceses que brillan en Paris y en Fontainebleau. Tambien como escultor y tallista dejó Berruguete algunas obras dignas de alabanza; y sus cuadros, aunque hoy cortos en número y de pobre y pesado colorido, revelan tanta gallardía de dibujo, que bastarian por sí solos para darle fama.

Luis de Carvajal (1513-1613) y Blas de Prado (fallecido hácia 1577), dieron á los conventos é iglesias de Toledo gran número de obras, demostrando en ellas un sentido artístico y un atrevimiento y libertad de ejecucion hasta entónces desconocidos en Castilla, donde asimismo florecia por aquel tiempo Domenico Theotocopouli, apellidado el *Greco* (1577-1625), discípulo de la escuela veneciana, y cuya riqueza de colorido compensaba con exceso la incorreccion del dibujo y la extravagancia que, hartas veces, desmerece sus cuadros.

Al construir el Escorial don Felipe II y al adornar sus demás palacios, dió saludable incremento al progreso del arte, áun cuando los artistas que reunió en torno suyo fueron casi todos extranjeros y no de lo más principal de aquella época. Su mismo pintor de Cámara Alonso Sanchez Coello, aunque nacido en la península, no era español. A decir verdad, merecia hasta cierto punto este artista el nombre de Ticiano portugués que le daba el rey, pues si bien, comparados á los del gran veneciano, son los retratos de Coello duros y tímidos, su colorido es brillante y están llenos de vida y de individualidad. Juan Pantoja de la Cruz (1554-1610), discípulo de Coello, heredó su mérito; y Juan Fernandez de Navarrete (1526-1579), apellidado el *Mudo*, por serlo de nacimiento, fué, sin duda, el más notable de los pintores castellanos que contribuyeron á decorar el Escorial. Porque las numerosas imágenes de santos que pintó para las capillas del Monasterio, hubieran sido admiradas en Venecia, llegando á un punto desconocido hasta entónces entre los artistas españoles su facilidad y gracia en reproducir la belleza femenil.

Pero áun cuando difieren mucho unas de otras en órden al estilo, las diversas escuelas españolas, se hallan íntimamente unidas por el carácter religioso que las distingue y comprende á todas; pues así en la época de su desarrollo como en la de su virilidad, rara vez se ha visto á los artistas de la península ejercitar su talento en otros asuntos sino es en los piadosos ó en los retratos, no haciendo como los italianos excursiones frecuentes al campo de la mitología y de la historia profana; que la colina de Sion y el torrente de Siloa ofrecieron para ellos siempre más encanto y belleza que no el Parnaso, el Ida y el Oronte, y fué la *Leyenda de Oro*, su *Iliada*, su *Odisea* y su *Arte de amar*.

Muchas causas habian contribuido á producir este resultado, siendo la primera la prolongada lucha con los moros, que paralizó, durante siete siglos, el desarrollo del cultivo intelectual, y que, cuando hubo terminado con la derrota y vencimiento de los infieles, dejó á los españoles, que se gloriaban del título de cristianos viejos, mal dispuestos contra todo aquello que no se hubiera producido á la sombra de la cruz. A esto debe atribuirse que el entusiasmo por la antigüedad clásica, por el arte y la literatura de Grecia y Roma, comunicado por el Petrarca y que inflamó rápidamente las córtes y los monasterios de Italia, no trascendiese al espíritu nacional de los españoles, permaneciendo limitado al círculo de las universidades. Aun así, en Salamanca y en Alcalá misma, San Jerónimo fué siempre más popular que no Ciceron; y si puede Castilla enorgullecerse de haber poseido en Antonio de Nebrija un sabio digno de la época de Valla y de Erasmo, dista mucho el cardenal Jimenez de Cisneros de ser el protector más celoso de las letras que ofrezca su historia, y ménos el rival de Lorenzo de Médicis y de Leon X. Porque el único y exclusivo fin de los establecimientos científicos y literarios que fundó el poderoso ministro, fué el de favorecer y propagar el estudio de la teología, sin curarse de los poetas y filósofos de Grecia y Roma, cuyas obras le merecian, tal vez, igual aprecio que las de los árabes, condenadas por él al fuego, despues de la toma de Granada. Júzguese si no de la manera que tuvo de apreciar la erudicion en sí misma por un pasaje notable de la Biblia Poliglota, inestimable joya tipográfica, que publicó en Alcalá de Henares por los años de 1516, y en el cual se previene al lector que hallará la version latina de San Jerónimo entre el texto griego de los Setenta y el original hebreo, como Cristo entre los dos ladrones.

Pero si la Iglesia permanecia casi extraña y apartada del clasicismo en particular, las demás clases de la sociedad no sentian la menor inclinacion hácia las letras y las artes en general: de aquí que hasta el siglo XVI no hallasen acogida y estímulo artistas y escritores sino es en el templo y el palacio de los reyes. Sólo algunas familias de la grandeza, cuyos jefes ó parientes habian gobernado en Italia ó ejercido mandos militares en aquella parte, constituian una honrosa excepcion entre los demás nobles, que sólo se ocupaban de caballos, de armas, de perros de caza y de halcones. La casa de Mendoza, ilustre por tantos títulos en las armas, la diplomacia y las letras, poseia en Guadalajara una biblioteca, que comenzó á reunir en tiempos anteriores á la invencion de la imprenta, y un soberbio palacio, que más parecia museo. En Alba de Tormes, el duque de Alba, héroe de Mühlberg, azote de Flandes y conquistador de Portugal, demostró tambien su amor á las artes de la paz, haciendo venir á un florentino, llamado Tommaso, para pintar una galería en su palacio, donde reunió colecciones de cuadros y estátuas, y fueron, luégo, representadas sus proezas militares por Granelo y Casello el jóven, de órden de su hijo. Desgraciadamente, despues de haber sido este palacio maltratado por los arquitectos del siglo XVIII y por los invasores franceses, á principios del presente, no es hoy otra cosa sino un monton de ruinas, del cual, como de una cantera, sacan piedra

(1) El presente artículo ha sido extractado de la importante obra de Mr. Stirling, titulada: VELAZQUEZ AND HIS WORKS, y apenas conocida en nuestro país. Londres, 1855.

los vecinos del pueblo inmediato; pero, mientras quede algun vestigio suyo en la cumbre de la verde colina donde tiene los cimientos, no será posible olvidar su pintoresca situacion sobre

La ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro rio (1).

Demás de este palacio, poseia el de Alba una hermosa quinta en Extremadura, rodeada de bosques de seculares castaños, y dominando un paisaje por extremo agreste y salvaje. Llamábase la Abadía, por haberlo sido en otro tiempo de Caballeros Templarios, y en ella fué donde pasó el ilustre duque los últimos años de su agitada vida, trasformando las riberas escarpadas del Ambroz en jardines deliciosos, cuya fama se hizo secular en España, no sólo á causa de su amenidad y belleza extremada, sino porque á su sombra escribió Lope de Vega, el huésped requerido siempre y predilecto del anciano guerrero, y á instancias suyas, la *Arcadia*, enumerando en sus versos las bellezas de aquel apartado retiro, en ruinas hoy, espléndido entónces y magnífico, donde tanto se placia el príncipe de los ingenios españoles al recrear la vista en sus prolongadas alamedas, sus bosquecillos de mirto y sus merenderos, y en sus fuentes y estátuas, obra del florentino Camilani, que tradujo á Ovidio en bronce y mármol.

En el Viso, hácia la parte Norte de Sierra-Morena, el bizarro almirante

Gran marqués de Santa Cruz, famoso
Bazan, Aquiles siempre victorioso,

edificó un magnífico palacio bajo la direccion de Castello de Bérgamo, en el cual Cesaro Abasia, habilísimo artista, y los hermanos Perola de Almagro, pintaron al fresco las batallas del general contra turcos y portugueses, y muchos episodios de la historia clásica. Tambien Antonio Perez, el célebre secretario de Felipe II, aficionado á todas las maneras de lujo, y persona de grande instruccion y exquisito gusto, imitó el esplendor de los Colonnas y Orsinis en sus palacios de Italia, enriqueciendo de pinturas notables, de mármoles, mosáicos y bellos tapices su casa de Madrid, arrasada cuando perdió la privanza, y su quinta de las inmediaciones. Á su vez Zaragoza se preciaba de poseer un Mecenas en la persona del duque de Villahermosa, descendiente de los reyes de Aragon, el cual trajo de Italia á Paolo Esquarte, discípulo del Ticiano, con encargo de adornar los muros de su palacio con los retratos de sus antepasados y los episodios más notables de la historia de su ilustre familia. Del propio modo hizo reproducir el historiador don Luis de Avila, del hábito de Alcántara, los hechos gloriosos de Cárlos V, su emperador y amigo, en el suntuoso castillo de Mirabel en Plasencia, y asimismo las residencias de los Silva en Buitrago, de los Sandoval en Denia, de los Beltran de la Cueva en Cuéllar, de los Pimentel en Benavente, de los Velasco en Búrgos y de los Riveras en Sevilla, se adornaron de trofeos y galas debidas al cincel y á los pinceles de renombrados artistas italianos.

Pero si estos ejemplos son parte á probar la ilustracion y buen gusto de la grandeza española de aquellos tiempos, no es ménos cierto que ninguna influencia ejercieron en el desarrollo del genio artístico de la nacion; que los particulares dignos del nombre de aficionados se hallaban entónces, como ahora, más dispuestos á coleccionar obras de arte que no á dar ocupacion á los artistas; y el verdadero estímulo no podia venir sino de la Iglesia, grande y poderosa en la época de que hablamos, y colmada de riquezas. Por esta causa, cada catedral, como las de Toledo, Zaragoza, Salamanca, Segovia, Valencia, Granada ó Sevilla; y cada monasterio, no ya de las ciudades, sino de los campos y montañas, como los de Lupiana, Guadalupe, San Martin de la Cogolla ó El Paular era centro y seminario del arte local, donde hallaban franca hospitalidad, generosa proteccion y constante trabajo arquitectos y escultores, pintores al fresco y al óleo, sobre pergamino y cristal, plateros, fundidores, herreros y ebanistas.

(1) GARCILASO.—*Egloga 2.ª*

Es cierto que el vigoroso desarrollo y crecimiento que adquirieron las comunidades religiosas en los siglos XVI y XVII las hacia semejantes á las vides alegóricas del salmista; pero tambien lo es que sus rentas hereditarias, unidas á las continuas ofrendas de los fieles, se invertian principalmente por ellas en obras de arquitectura y de adorno, en construir nuevas sacristías, cláustros y capillas que luégo se enriquecian de cuadros, de vasos de plata y oro, de muebles preciosos, de magníficas figuras de talla, y de pinturas al fresco, representando la biografía figurada de Santo Domingo ó de San Benito. Y si á veces hubiera podido faltarles motivo más noble que la fé para exaltar su celo, la rivalidad y la emulacion entre unas y otras corporaciones eclesiásticas habria sido estímulo poderoso para obligarlas á hermosear y enriquecer los templos y conventos, bastando á dar idea de la grandeza y suntuosidad que tuvieron, leer los historiadores de Nuestra Señora de Sopetran, de Guadalupe ó de Atocha, los cuales, al propio tiempo que celebran la santidad y el poder sobrenatural de estas imágenes, exaltan con no ménos uncion y entusiasmo el esplendor de los palacios sagrados donde tienen su asiento, el brillo de sus joyas y el ornato de sus altares. Tal vez podrá decirse que las rentas y limosnas de las congregaciones pudieron emplearse con más ó ménos generosidad ó buen gusto; pero es indudable que gran parte de ellas se invirtió en objetos artísticos. Y por espacio de siglos gozaron de paz y prosperidad estos respetables asilos; mas luégo derribó sus puertas la revolucion, llevando á todas partes la ruina y el espanto, y dispersando para siempre las preciosidades acumuladas en ellos por la fé religiosa y el entusiasmo artístico de sus moradores en la sucesion de los tiempos.

Á estas circunstancias, pues, de la Iglesia y á este su generoso y noble afan se debió entónces que apenas hubiera un pintor español á quien las comunidades y los cabildos no tuvieran empleado largos años, contándose muchos cuya vida entera pasó en los conventos y las catedrales. Y, á decir verdad, no era el pintor el ménos importante y útil de los servidores de la Iglesia; porque como su objeto no consistia sólo en decorar los templos y embellecerlos, satisfaciendo así la vanidad ó el orgullo de sus patronos, sino que debia por medio de sus obras enseñar al ignorante, corregir al vicioso y guiar á todos por el sendero de la piedad y de la virtud, en ellas aprendia el pueblo con afan solícito la historia evangélica y las conmovedoras leyendas de los santos, cuya devocion les recomendaba el clero; que los católicos, bien al contrario de los protestantes, se han inclinado siempre de mejor grado á los símbolos religiosos que no á los dogmas teológicos. Y siendo los cuadros y las estátuas del santuario uno de los medios más persuasivos y eficaces que pudiera emplear la Iglesia para conmover los ánimos y elevarlos hácia Dios, no hemos menester de ponderar la grandeza y sublimidad de la mision del artista en aquellos tiempos, reconocida entónces y proclamada universalmente y en primer lugar por los mismos pintores.

«Hablando de las imágenes cristianas, digo que el fin principal seria persuadir los hombres á la piedad y llevarlos á Dios,» escribe Pacheco en su *Arte de la Pintura* (1). «Para los doctos y letrados la escritura basta; mas para los ignorantes, ¿qué maestro hay como la pintura? Leen en la tabla lo que deben seguir y no pueden sacar de los libros,» dice Juan Butron (2). No deberá, pues, parecer extraño que hayamos atribuido á la obra de los artistas tanta eficacia y popularidad, ni que ahora reputemos más agradables y de mayor atractivo las homilías de que cubrian los muros de la iglesia y del cláustro, que las dulces palabras de algun jesuita, ó las fogosas frases de algun dominico. Y tanto sentia el artista y tan penetrado se hallaba de la dignidad y alteza de su mision, que no era extraño verlo aplicarse á ella con el fervor y el celo del más piadoso eclesiástico. Juan de Juanes, por ejemplo, á semejanza de fray Angélico, tenia la costumbre de prepararse á emprender nuevas obras con reiteradas oraciones y ayunos y haciendo confesion general; y Luis de Vargas, no satisfecho con esto, se disciplinaba, recogiéndose á las veces á meditar sobre la muerte á un ataud que tenia siempre cerca de su cama. Ni faltaban tampoco artistas devotos que se hicieran sacerdotes, ni sacerdotes aficionados al arte que se consagrasen á él en sus ratos de ócio, como que la mayor parte de las casas religiosas tuvieron en diversas épocas alguno de sus moradores autor de cuadros ó bajo-relieves, cuando no fuera de cálices ó de navetas para el incienso. Fray Nicolás Borsas acumuló en la iglesia y el cláustro de los Jerónimos de Gandía una multitud de obras, algunas de ellas dignas de la reputacion de su maestro Juanes; Nicolás Factor, franciscano de Valencia, se dió tanto á conocer por su habilidad en la pintura como por la beatitud de su vida, que le valió ser despues canonizado; el talento del *Mudo* lo descubrió y fomentó un fraile Jerónimo del monasterio de Estrella; Andrés de Leon y Julian Fuente del Saz, monjes ambos del Escorial, se distinguieron por el mérito y delicadeza de sus miniaturas en el libro de música del suntuoso coro de su convento; los cartujos de Granada y de Sevilla, el Paular y la Scala Dei, tuvieron en mucho siempre la reputacion artística de Cotan, de Berenguer y de Ferrado; y Céspedes, el pintor poeta, era canónigo de Córdoba, y Roelas y Cano, prebendados, uno en Olivares, otro en Granada.

(1) Sevilla, 1649, en 4.º, p. 143.
(2) *Discursos apologéticos*, etc. Madrid, 1626, en 4.º, p. 36.

Comunicándose por tal manera con el mundo invisible y los espíritus angélicos y divinos que lo habitan, creia el artista ser objeto de su predileccion especial, no dudando de que sus obras pudieran perfeccionarse y conservarse por la mediacion amorosa de los patronos que invocaban. Y las leyendas de la Iglesia, la opinion del clero, las tradiciones del arte, todo se concertaba en este punto, confirmándolo además interesantes y nuevas noticias. A fines del siglo XIV, por ejemplo, como al venir de Italia los ermitaños de San Jerónimo y fijar su residencia en las cuevas de Guisando, pusieran en su lóbrega y húmeda capilla el retrato del santo patrono de la órden, echaron de ver, pasado cierto tiempo, que la destilacion de los muros habia podrido el bastidor y el marco, dejando intacta la imágen, que así se conservó por espacio de dos siglos (1). Del escultor Gaspar Becerra se refiere que, despues de haber fracasado tres veces consecutivas en sus esfuerzos para tallar la imágen de la Vírgen, renunció con desesperacion á proseguir la obra; pero que cierta noche se le apareció la Vírgen María y le mandó volver á la interrumpida tarea, mostrándole al efecto un tronco que ardia en el hogar. Merced á esta inspirada mediacion, es fama que Becerra ejecutó una imágen muy del agrado de la reina Isabel y de las más veneradas en Madrid, donde recibe culto bajo el nombre de Nuestra Señora de la Soledad, y se le atribuyen muchos milagros. Macip, ó Juan de Juanes, fué menos favorecido, y no obstante, su hermoso cuadro de la Vírgen, objeto de veneracion para los valencianos, lo pintó con arreglo á instrucciones suministradas detalladamente por la Madre del Salvador, al jesuita Martin Alberto; y á su vez los cartujos de Granada conservan la tradicion de la visita que les hizo María, cuando se apareció en la celda del hermano Sanchez Cotan, dejándose retratar en el cuadro que trazaba el piadoso artista (2).

Citábanse tambien milagros realizados, por cuadros y estátuas, no sólo en vida de sus autores, sino mientras las manos del artista se ocupaban en ellos; y en comprobacion se refiere (3), entre otros casos, el de un pintor que, habiéndose caido del andamio en la capilla de Nuestra Señora de Nieva, y quebrantádose los huesos, se levantó del suelo sano y salvo. Tambien Lope de Vega (4) nos habla de la caida de otro pintor, el cual fué sostenido en el aire milagrosa-

(1) Joseph de Sigüenza. *Historia de la órden de San Jerónimo*, 2 vol. fol. Madrid: 1600. Cap. 11, p. 86.
(2) Palomino. *Vidas de los pintores y estatuarios eminentes españoles*. fol. Madrid: 1724. p. 291.
(3) Villafañe. *Compendio histórico de las milagrosas imágenes*, fol. Madrid: 1740. p. 372.
(4) OBRAS. t. V. p. 62.

mente por el brazo de una Virgen que pintaba. Y esta proteccion, dispensada por los santos en la vida terrenal á los artistas que habian reproducido sus imágenes, del propio modo que en las relaciones de Homero, acorrian los dioses del paganismo á sus héroes favoritos, les continuaba eficaz y generosa en el purgatorio.

Pero aparte de las causas que inclinaban naturalmente á los artistas españoles al estudio de asuntos religiosos, una razon muy poderosa los hubiese alejado de las libertades, tan comunes entónces á sus compañeros de Italia y de Alemania, en el caso de sentir aficion á ellas; que el tribunal del Santo Oficio, cuyo brazo alcanzaba á todas partes, y así fiscalizaba la prensa, como el arte, tardó poco en extender á él su jurisdiccion, expidiendo un decreto por el cual prohibia, bajo pena de excomunion, multa de mil quinientos ducados y un año de destierro, producir, poner á la venta y poseer cualquiera imágen inmodesta, pintada, grabada ó esculpida. Y á fin de hacer más eficaz este acuerdo, nombró censores en las principales ciudades de la monarquía, con encargo de velar por lo mandado y de instruir á la Inquisicion de las trasgresiones que llegaran á su conocimiento. Pacheco fué investido en Sevilla el año de 1618, con este oficio, que desempeñó largo tiempo, y más adelante obtuvo Palomino igual empleo en Madrid, teniéndolo por muy honroso. Pero áun cuando ambos autores consagraron gran parte de sus escritos á exponer las reglas y preceptos que debian guiar á los artistas en la representacion ortodoxa de asuntos religiosos, el verdadero código de la pintura sagrada se promulgó separadamente por un padre mercenario, llamado Fr. Juan Interian de Ayala (1), doctor de Salamanca, y cuyo *in folio* en latin es una serie de necedades, expuestas de la manera más pedantesca y magistral que pueda imaginarse. En este libro, curioso por muchos conceptos, se lee una larga disertacion acerca de la verdadera forma de la cruz del Calvario, despues de lo cual discute Fr. Juan de Ayala si habia uno ó dos ángeles sobre la losa del sepulcro de Nuestro Señor, y aduce más adelante numerosas y graves autoridades para dejar asentado que, no sin razon, se pinta con cuernos y rabo al diablo.

Tal era el estado del arte cuando nació Velazquez, el primero entre los grandes pintores españoles que no haya consagrado habitualmente sus pinceles á la Iglesia, ni buscado asunto para sus cuadros en la Biblia ó en la vida de los santos.

M. JUDERIAS BÉNDER.

(1) PICTOR CHRISTIANUS ERUDITUS, fol. Madrid 1730. Esta obra se tradujo por el doctor D. L. de Duran en 2 vol. en 4.º Madrid, 1782.

INSURRECCION DE PARIS. — TUMULTOS EN LA PLAZA DE LA BASTILLA.

MAPA DE LA PAZ FRANCO-ALEMANA.

Bien puede llamarse de este modo el mapa parcial de la Francia que repartimos con el presente número, por via de suplemento, á nuestros abonados.

En efecto: segun los preliminares de la paz, firmados en Versalles y ratificados en Burdeos por la Asamblea nacional francesa, en la célebre sesion del 1.º del actual, los alemanes deben ocupar militarmente, á título de garantía, una extensa parte del territorio de la nacion vecina, hasta que el gobierno francés haya depositado en el Erario federal germánico la enorme suma estipulada por indemnizacion de guerra.

En dicho mapa aparecen demarcadas:

1.º La parte de la Francia que permanecerá en poder de los alemanes, hasta el pago del primer plazo de los cinco mil millones de francos.

2.º La parte que ocuparán todavía los ejércitos alemanes hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra.

3.º La parte del territorio francés que deberá agregarse á los ya dilatados dominios del nuevo emperador de Alemania.

Creemos excusado entrar en más detalles acerca de este asunto, ya porque nos hemos ocupado anteriormente del tratado de la paz franco-alemana, ya tambien porque la prensa política y noticiera ha divulgado las durísimas condiciones que el vencedor ha impuesto al desgraciado vencido.

INSURRECCION DE PARIS. — LOS ROJOS ARRASTRANDO LOS CAÑONES HASTA LAS ALTURAS DE MONTMARTRE.

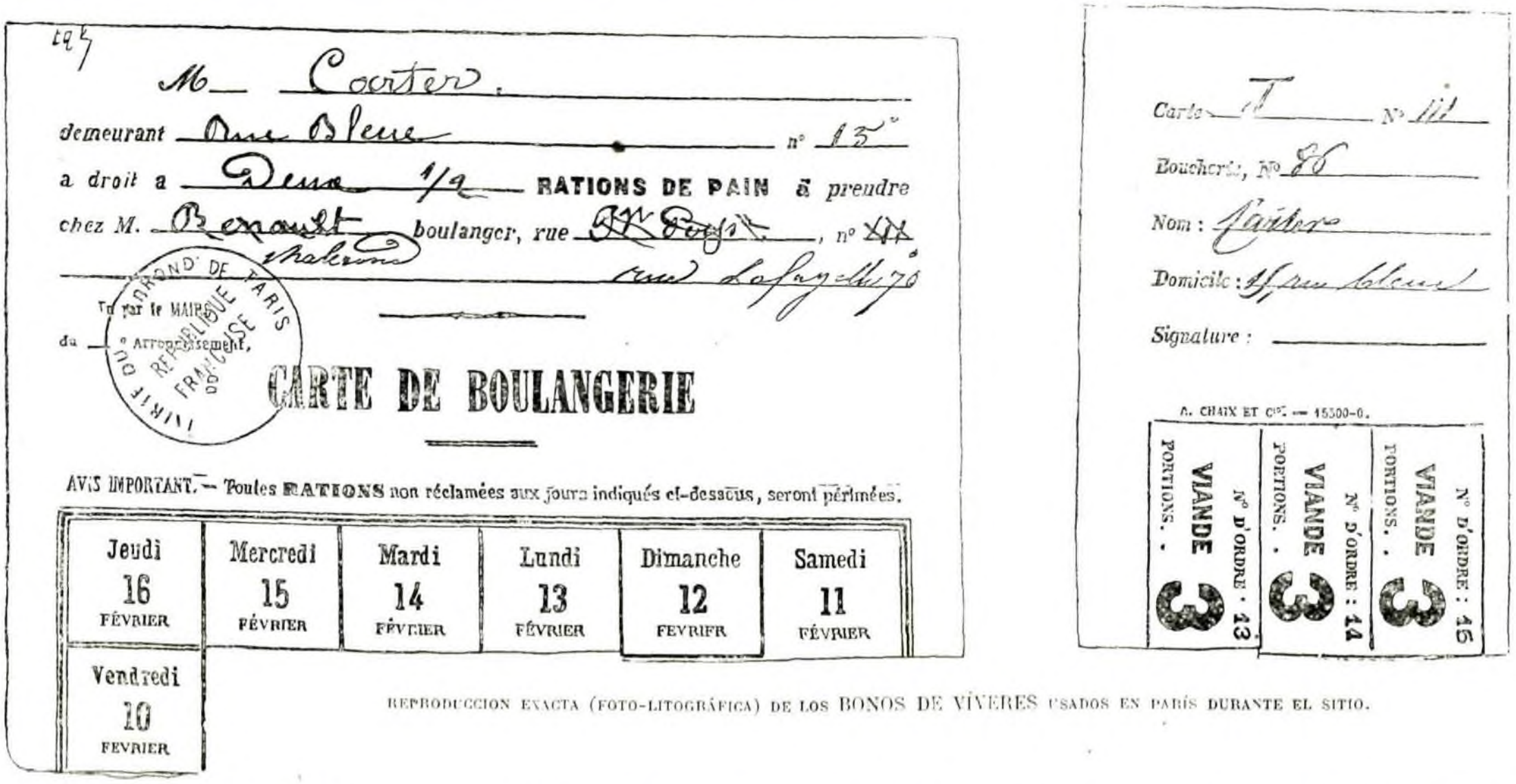
CUADROS SOCIALES. POR ORTEGO.

—¡Caballero, un pobre cesante!
—¿Qué empleo ha tenido usted?
—Cochero del ministro de la Gobernacion

—¡Cada vez están peores los tiempos! No se encuentra una basura que valga nada... ¡Vá á llegar dia que nos muramos de hambre los artistas!

—¡Pero papá, si no le puedo querer! si es muy feo y viejo!
—¿Y eso qué importa? En cambio te llamarán la señora marquesa, y yo quiero que mis nietos sean marqueses, ¿estamos?

—No llores, chica, asina que sea *brigadier*, vengo y nos casamos.
—Pero eso tardará mucho.
—¡Quia! me ha dicho el cabo que tengo el aire mu marcial.



REPRODUCCION EXACTA (FOTO-LITOGRÁFICA) DE LOS BONOS DE VÍVERES USADOS EN PARÍS DURANTE EL SITIO.

BONOS DE VÍVERES.

En esta página hallarán nuestros apreciables suscritores la reproduccion exacta de uno de estos documentos—cuyo modelo nos ha remitido nuestro celoso corresponsal en Paris.

Durante el sitio de la gran metrópoli de la Francia, la municipalidad expidió dos clases de bonos: unos *gratis*, para ser distribuidos entre las clases más necesitadas; y otros, desde los primeros dias de la *tasa*, que señalaban las *raciones* que debian darse en las expendedurías de pan y carne al portador de los citados bonos.

Sabido es—y nosotros lo hemos apuntado en números anteriores—que la *tasa*, ese gran suplicio de Tántalo para los sibaritas de Paris, fué impuesta con rigor excesivo sobre los artículos de primera necesidad (puesto que los de lujo desaparecieron bien pronto ó alcanzaron precios fabulosos), desde que el gobierno de la defensa nacional pudo hacer entender al pueblo parisiense, cosa que no era fácil, que las líneas prusianas, erizadas de bayonetas y cañones Krupp, cerraban herméticamente el paso, no ya á los ilusorios ejércitos que de las provincias meridionales debian acudir en socorro de la ciudad sitiada, sino hasta á los convoyes de víveres que el patriotismo de algunos y el instinto especulador de los más habian preparado en las estaciones del Havre y de Cherburgo.

Y seria cosa digna de ser vista, y áun de ser cantada en la lira epigramática de Marcial, el acto solemne, todos los dias repetido, de acercarse las familias parisienses á las puertas de los almacenes de pan y carne, presentar los bonos á los custodios de las escasas *existencias*—que no debian ser renovadas—y recibir, en cambio de algunos francos y no pocos empellones, quince gramos (por barba) de piltrafas de caballo y treinta de pan duro y negro, peor, mucho peor que la piedra berroqueña de las canteras del Jura—empleando la deliciosa frase de Alfonso Karr, cuyo buen humor no consiguieron debilitar los sufrimientos y las privaciones.

Los *bonos de víveres* pasarán á la historia, y la Francia venidera encontrará en ellos provechosa enseñanza.

¡Quiera Dios que no la desprecie!

LOS ROJOS DE PARÍS.

Ellos no se han batido contra el invasor extranjero al lado de los bravos soldados de Orleans, de Le Mans y de Belfort, ni siquiera se habrán alistado en las indisciplinadas huestes garibaldinas de Dijon y Autun: pero en cambio han sabido formar corrillos *decidores* al rededor de la columna de Julio, en la plaza de la Bastilla, y gritar como energúmenos *¡viva la Commune!*, y arcabucear el Hôtel de Ville, y hasta arrojar en el Sena al pacífico M. Vicenzini, con el bello pretexto de que el tal —¡infeliz!—era un espía del *ominoso* gobierno de Burdeos. Y para fin y remate de tantas y tan preclaras hazañas, ellos, los rojos parisienses, esos mismos patriotas que ayudaban con sus exageraciones demagógicas á la obra de MM. de Moltke y de Bismarck, los que no hace mucho ponian el grito en el cielo porque los cañones Krupp se atrevian á lanzar proyectiles incendiarios y demoledores contra la ciudad sagrada, contra Paris, *el cerebro del mundo, el corazon del género humano*—lo dice Victor Hugo;—esos mismos, en fin, se apoderan de los cañones franceses,—no de los prusianos ó bávaros,—de los cañones que el gobierno les habia confiado para la defensa de la patria; empújanlos, ayudados por la canalla más despreciable de la Villette y Belleville, hasta las alturas de Montmartre, y los asestan contra la mismísima *ciudad sagrada*, en son de reducirla á cenizas.

Esta actitud de los rojos parisienses es muy natural, y, sobre todo, muy lógica.

El sufragio universal, libremente ejercido en las últimas elecciones, ha llevado á los escaños de la Asamblea de Burdeos una inmensa mayoría monárquica, que ánhela ardientemente, segun se adivina, dar el golpe de gracia á la era desventurada y aciaga de las revoluciones y de los trastornos.

Pero en este caso el sufragio universal es un cero á la izquierda, suponemos, para los demagogos parisienses; y eso de que una mayoría monárquica, una mayoría *rural*, una mayoría compuesta de algunos cientos de *marchands de bœufs*, de *grenouilles rurales* (así llaman los sublevados á la mayoría de la Asamblea), se permita profesar ideas políticas tan rancias, no puede ser la expresion sincera de la voluntad de la Francia.

Ello es que los ánimos estaban agitados en la tarde del 13 del actual, y quizá las cabezas algun tanto calientes, cuando empezó á circular la noticia de que el gobierno habia decretado la supresion de los periódicos radicales, y fué publicada la sentencia del Consejo de guerra que condenaba á muerte á los agitadores MM. Flourens y Blanqui.

Y las tales noticias fueron la chispa necesaria para el incendio.

Los revolucionarios se agruparon tumultuosamente en los principales centros de Paris, en la plaza de la Bastilla (véase el primer grabado de la pág. 156), en los boulevards, en los arrabales de San Antonio y de San Dionisio, en la plaza del Hôtel de Ville, y en otros puntos; y la baja plebe, esa chusma audaz asquerosa que se alberga en las grandes poblaciones, salió de sus antros desconocidos, arrojóse sobre los cañones de la Guardia Nacional, y arrastrólos con vigoroso empuje hasta las altas explanadas de Montmartre (véase el segundo grabado de la misma página.

La revolucion estaba hecha: los agitadores se reunieron en inmenso número, apoderáronse de los puntos estratégicos más importantes de Paris, ocuparon el Hôtel de Ville, y formaron, por supuesto, un comité revolucionario que imponia condiciones á la Asamblea nacional francesa, reunida ya en Versalles, y publicaba proclamas de este género:

«Franceses: el pueblo de Paris ha sacudido el yugo que se trataba de imponerle, y ha echado al gobierno que hacia traicion.»

Y para sacudir ese férreo yugo, no el pueblo de Paris, sino los sublevados en Montmartre, empiezan por fusilar á los generales Thomas y Lecomte, y tal vez al general Chanzy, el bravo de Le Mans,—tres valientes respetados en treinta combates por las balas alemanas.

Y aquí llega el caso de exclamar:

—¡Pobre Paris! ¡Pobre ciudad sagrada, cerebro del mundo, corazon del género humano!... Víctima ayer del invasor extranjero, víctima hoy de tus libertadores, ¿cuál será el destino que te reserva la Providencia?—X.

DESFILE DE LAS TROPAS ALEMANAS

POR DELANTE DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

Aceptadas por la Asamblea nacional francesa las condiciones propuestas por el emperador de Alemania, á fin de poner término á la sangrienta lucha franco-prusiana, ha presenciado la ciudad de Paris uno de esos acontecimientos que hacen época en la historia de las naciones: tal ha sido el acto del desfile de las tropas alemanas al través de las anchas avenidas y elegantes boulevares de la buena ciudad de Enrique IV y de Luis XIV.

Grande habrá sido el dolor de los habitantes de Paris, despues de las rudas pruebas sufridas, al ver entrar por las puertas de su bella ciudad al enemigo victorioso. En aquel momento verian desvanecidas por completo las ilusorias esperanzas que aún acariciaban en su febril imaginacion, exaltada por el fuego del amor patrio; y lo que es más terrible todavía, verian la esterilidad de sus esfuerzos sobrehumanos.

para impedir la horrible realidad que presenciaban.

¡Qué lágrimas tan dolorosas surcarian por las mejillas de los humillados parisienses!

Recordarian quizá que sus ejércitos estaban destruidos; la sangre de sus hermanos vertida á torrentes; las principales ciudades de su patria holladas por la planta del vencedor... y vivos todavía estos recuerdos y todavía víctimas ellos de los efectos de un largo sitio, durante el cual padecieron todo género de calamidades, contemplarian á la par el ejército aleman, enorgullecido con los laureles recogidos en tantas victorias, que paseaba triunfante por la ciudad de Paris, reflejándose en el semblante de los soldados el júbilo que embargaba sus corazones en un dia de tan señalado triunfo.

El emperador Guillermo ordena que el desfile de sus tropas se verifique por delante del palacio de la Industria, uno de los edificios más notables y gloriosos de Paris, y hendiendo el viento los acordes guerreros de las bandas alemanas y las entusiastas aclamaciones de los soldados, da principio esta solemne ceremonia, que viene á poner fin á la gigantesca lucha, en la tarde del 27 de Febrero último, fecha de perdurable memoria en los fastos de la Francia.

Un cróquis de este ceremonioso acto debemos á la actividad y celo de uno de nuestros corresponsales parisienses, y sobre él está ejecutado el bello dibujo que observarán en la pág. 160 los suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

APUNTES SOBRE LA VIDA DE MAHOMA

POR

DON ANTONIO BERNAL DE O'REILLY.

(CONCLUSION.)

Para mí es indudable que estos hábiles contradictores de la fé en el Crucificado explotaron la naturaleza enérgica ambiciosa de Mahoma; envanecieron en él la mísera condicion á que está sujeto el género humano, y dándole el dibujo principal del cañamazo, le dejaron bordar como entendiera; él fundó, sabiendo cuánto alcanzaba en el conocimiento del corazon, en los instintos, en las pasiones, en la indolencia y sensualidad de los pueblos de Oriente, á los que para lo sucesivo fácilmente lograria hacerles mahometanos. Así en su ley religiosa se vé que imperan como prácticas sagradas, las leyes sanitarias, civiles, políticas y criminales; ser sacerdote y magistrado al mismo tiempo, y organizar hábilmente el abuso, incorregible en su clima enervante; prohibir lo que turba la razon y excita las pasiones, y prometer como recompensa en la otra vida, lo que más halaga los instintos de un pueblo ignorante, al que sólo cautiva lo ideal y fantástico; y el cual, sin el potente freno del ciego fanatismo, se habria en poco tiempo dispersado. Esta es la parte que en mi sentir incumbió á Mahoma en la redaccion del Alcorán. Por otra, con la imaginacion poética, elevada y apasionada de todo cuanto es grande, debió tambien escribir tan bellas páginas como las que dedica á formar la idea de lo que es Dios.

«A todas partes donde volvamos nuestros ojos, dice, nuestra mirada se encontrará siempre suspensa ante la benéfica obra del Eterno. Él fué quien llenó el Universo de su poder, de su ciencia y de su inmensidad. Cuanto cubre la noche con su manto; cuanto alumbra la luz del dia con sus claros destellos, son sus dominios. Conoce lo que habia ántes de que fuera el mundo, y sabe lo que será despues. Las llaves del porvenir en sus manos están. Al que habla en público y al que lo hace en secreto; al que se oculta en las sombras de la noche, y al que aparece á la claridad del dia, le conoce tambien: no hay secreto que ocultarse pueda ante sus ojos: no hay refugio contra su poder, porque reune á la fuerza la sabiduría; y es infinito, liberal y misericordioso. Supremo Rey, perdona y castiga á su grado, y á su grado tambien dá y quita las coronas y eleva ó rebaja al género humano. Con una sola palabra levanta á los séres de la nada, y sin esfuerzo les conserva elevados. A su voz crecen las montañas, y los árboles se desarrollan gigantescos luciendo altivos sus flexibles ramas: el mar, sumiso para nuestros usos, nos ofrece sus pescados y riquezas, que alimentan nuestras viviendas y engalanan los tocados... Las naves cruzan por sus ondas; los rios corren y fertilizan nuestros campos, y la Luna y el Sol reparten su lumbrera para todos nosotros igualmente... Todos los astros celestes se mueven en la órbita que les ha trazado.—Él separa la aurora de las tinieblas; y establece el dia para el trabajo, y la noche para el reposo de los humanos. Él es quien hace estallar el trueno y partir el rayo, para inspirarnos el temor ó la esperanza. Él es quien desencadena los vientos, agita las nubes, las tiende y columpia en los aires, y quien hace que caiga de su seno la lluvia saludable, con la cual se fecundiza el gérmen, y el campo se engalana con su verde animado. Esos granos reunidos en la espiga; esas ricas palmeras; esos frutos suspendidos en racimos de oro, á Él es á quien lo debeis. A Él le debeis tambien las mieses que el calor vuelve amarillentas; la sombra en vuestros huertos y jardines; la lana de los ganados y la casa que os sirve para asilo. Sus beneficios aparecen hasta en las cosas ménos importantes, y los más viles reptiles los mantiene su mano. El sueño no se aproxima á él; y la iniquidad huye de su lado, y los hombres no conocen de Su Majestad Suprema más que lo que quiere comunicarlos... Él es el término donde todo debe reunirse; y aunque su alabanza consista en Él mismo, no hay nada en la naturaleza que no se apresure á rendirle homenaje. Las aves le cantan en los bosques; la sombra de la noche y la mañana le adoran; en los siete cielos le honran con sus cánticos; el trueno celebra su poderío; los ángeles se estremecen á la vista de su gloria, y el dia y la noche proclaman su grandeza. Tal número de beneficios merecen ciertamente el reconocimiento de los hombres; así les anunciamos lo que es agradable á los ojos del Ser Supremo, que aborrece á los servidores ingratos, y que no les permitirá largo tiempo gozar de su infidelidad, si salvos del peligro se atreven á olvidarse de Dios, porque se creen al abrigo del alcance de su mano. ¿Pero no puede en un instante abrir un abismo ante nuestros pasos ó hacer que estalle una nube cargada de piedra sobre nuestras cabezas? ¿Estamos seguros de que no nos conducirá al centro de los mares, y que para castigarnos no desencadenará la tormenta que nos sumerja en sus aguas? ¿Dónde encontraremos un refugio ó hallaremos un protector? Consagradme en vuestro pensamiento, dice el Ser Supremo, y yo os conservaré en el mio: Rendidme accion de gracias; no seais ingratos, y tendreis este santo temor de que se sonrojan los hombres soberbios y corrompidos.»

En todo el Alcorán se ve que Mahoma, pues en su nombre se ha dado, se inspiró para su redaccion de la Sagrada Escritura; y así habla del juicio final, y le proclama como ya vimos al referirnos la historia del alambre, el Santon de la mezquita de Omar, la confianza de los justos, la consternacion de los réprobos y el fuego eterno en que permanecerán las almas condenadas al infierno.

Describiendo el carácter especial de cada Profeta, dice que Jesús era la dulzura encarnada, así como él era la fuerza absoluta.

Su paraiso, en el que los creyentes alcanzarán la recompensa de sus buenas obras, habla á la voluptuosa sensualidad de los sentidos, más que á la inefable pureza de sus almas. El Eliseo de los tiempos paganos, adornado con todas las galas de la más florida poesía, no ofreció semejantes embelesos, á los que este árabe sensible á los halagos prometió á sus sectarios.

Para el verdadero musulman, la mujer es en la tierra el colmo de la dicha. En el cielo, les prometió que seria la perfeccion llevada al apogeo, porque seria eterna tal felicidad.

Verdaderamente Mahoma era un hombre práctico, pues conoció en su tiempo que el medio más seguro de llegar á todo en este mundo corrompido, en que dominaba, domina y dominará la ambicion, la vanidad, la lujuria y el orgullo, es halagar las pasiones que asedian sin cesar á la debilidad humana; y que sus consejos interesados y falsas opiniones, se erigirian en dogma y le rendiria culto muchedumbre de adeptos. Hé aquí el asombroso poderío del Alcorán; diabólica amalgama de fanatismo religioso por un solo Dios, Padre y Señor de todo lo criado, Espíritu sublime y puro de la más ténue mancilla, el que al llamar á su seno al alma inmortal del justo, del hombre piadoso y que en sus costumbres fué severo, la dará como recompensa infinita el goce incesante de apetitos carnales, y entre la embriaguez de los perfumes, eterna voluptuosidad y placer eterno. ¡Contraste singular de pureza y de lodo, reunido en todo un Ser Supremo!...

Y sin embargo, tal es la ceguedad del hombre, y el imperio que sobre sus instintos ejercen las pasiones, mientras es presa de la crasa ignorancia, que doce siglos van, y tan dolorosa impostura tuvo gran poderío y cuenta aún con numerosísimos prosélitos.

Beyruth, Diciembre de 1875.

VICTOR BALAGUER.

El grabado que en otro lugar de este número publicamos, representa la medalla ofrecida á don Victor Balaguer por el ayuntamiento de Barcelona: distincion es esta de que en todos tiempos se ha mostrado muy parca la segunda capital de España, y al dispensarla al diputado catalan ha dado una elocuente prueba de gratitud.

Necesario es saber lo que significa en Cataluña el nombre que encabeza estas líneas, para comprender toda la importancia del cívico regalo.

Balaguer, cuya vida es un continuado sacrificio en aras del bien de su país, personifica todo el pasado, el presente y el porvenir de las cuatro provincias catalanas.

Su *Historia de Cataluña*, obra llevada á cabo por primera vez, habló á los catalanes de sus pasadas glorias; sus obras políticas, su nunca interrumpida propaganda en favor de una idea y su largo destierro, prepararon en Cataluña la revolucion de Setiembre, que vió en Balaguer á su primer tribuno; y sus poesías, por fin, escritas en lengua catalana, hicieron comprender á su país el camino que para llegar á la descentralizacion debia emprenderse.

En pocas líneas apuntaremos las principales fechas de su vida. Nació en Diciembre de 1824; catorce años despues daba al teatro su primer drama, y un motin estudiantil ocurrido en la Universidad de Barcelona, donde Balaguer estaba estudiando leyes, le obligaba á entrar en el periodismo.

Hasta 1845, época en que se trasladó á esta corte, dedicó todos sus esfuerzos á la literatura dramática, escribiendo un sinnúmero de obras que fueron recibidas con aplauso. De vuelta á Barcelona en 1847 publicó *El Catalan*, periódico desde el cual dió á conocer su escuela política.

Desde esta época hasta 1856, donde empieza á desarrollarse en Balaguer la actividad que ha desplegado en la política práctica, fué consecutivamente redactor del *Diario de Barcelona* y del *Conceller*; publicó infinidad de obras literarias, y al llegar la reaccion unionista Balaguer se presentó como orador.

Asombran los trabajos que llevó á cabo hasta 1866, en que se abrieron para él las puertas del destierro: diputado provincial dos veces, nombrado en repetidas ocasiones por su partido para representarle en diversos puntos, fundador de los Juegos Florales, político, periodista y poeta, no descansó un momento hasta dar á su patria una historia, devolverla su idioma y ayudarla á recobrar su libertad.

Llegó el dia de la emigracion, y llegaron con él las más tristes amarguras que para Balaguer ha tenido la existencia. Provenza le acogió como á hermano, y la pléyade de poetas provenzales supo ver en el pobre proscrito á la proscrita Cataluña que pedia su libertad. Cataluña correspondió dignamente á tal acogida, y la célebre copa regalada por los catalanes á los vates provenzales es una prueba de que las cuatro provincias veian en Balaguer al apóstol de la patria.

En 1868 Balaguer volvió á Barcelona, y publicó en ella *La Montaña Catalana*; de nuevo volvió á Provenza en Setiembre de dicho año para asistir á las fiestas de Nimes y Toulouse, y al regresar de Cataluña la vió ya regenerada por la revolucion.

Aquí cesarán estos apuntes biográficos; los actos de la vida de Balaguer, como á presidente de la diputacion barcelonesa primero, como á diputado constituyente despues, son sobrado conocidos para que de nuevo los recordemos.

Balaguer, es uno de estos innovadores cuya constancia en el trabajo asombra si se tiene en cuenta las dificultades con que ha debido encontrarse. Revolucionario en política, revolucionario en literatura, no conocemos uno sólo de sus actos que no obedezca á la inflexible ley de sus principios. Sus innumerables obras son la prosecucion de una idea anunciada ya en su juventud, idea á que amolda todos sus actos políticos, idea que predomina en sus conversaciones, y forma, digámoslo así, el espíritu que le anima.

Su escuela es el lazo de union entre las caducas monarquías que han desaparecido y las formas democráticas de nuestra época; la antigüedad que en ella se ha pretendido ver, tendria, en caso de existir, su razon de ser en la dualidad de principios que debe predominar en épocas de transicion como la nuestra; pero Balaguer, adiestrado en el conocimiento de la historia, ha sabido salvar esta dificultad, á primera vista insuperable.

Buscando en los tiempos pasados los elementos de las revoluciones paulatinas que se han llevado á cabo, ha sabido hermanarlos con los principios liberales,

formando la base de sus estudios el exámen de una monarquía democrática como la del reino de Aragon en lo pasado y las ideas modernas en su más genuina expresion. Reconociendo la necesidad de una forma casi autonómica, Balaguer admite como una de las bases de su doctrina el espíritu provincial, descartando la exageracion exclusivista y combatiendo el principio centralizador en todas sus manifestaciones.

Estas reflexiones forman el cuerpo principal de la escuela que Balaguer ha sostenido en la prensa y en la tribuna, por la cual ha sufrido las amarguras sin cuento destinadas á todos los espíritus innovadores. El constante sacrificio de sí mismo no ha hecho desmayar ni un solo punto su constancia en la propaganda; sus años trascurridos en los sinsabores de la discusion han sufrido los envenenados ataques; la tristeza sin nombre del destierro, han visto gastar los dias de una juventud consagrada á la causa de su país, sin que ni un solo momento desfalleciese el ánimo severo del tribuno catalan.

Balaguer es poeta; su alma templada para cantar las armonías de la naturaleza ha sentido la necesidad de ensalzar todo lo bueno y todo lo grande. Nacido en una época de combate, Balaguer ha cantado esta lucha, ha escuchado los encantos que entonaban las glorias del pasado, y con esta energía inquebrantable, con estas entusiastas imágenes que forman el carácter de su poesía, Balaguer se ha dirigido á los ciegos que vagaban inconscientemente por las ruinas de otras épocas y les ha mostrado la luz de la verdad. En el terreno filosófico ha operado tambien una trascendental revolucion, resucitando la antigua lengua catalana, obedeciendo en esto, como en todos sus actos, á los principios autonómicos que, como hemos anunciado, forman una de las principales bases de su sistema político.

Balaguer historiador reasume los diferentes caractéres de poeta y político, uniéndose á ellos el título de una erudicion profunda. Su *Historia de Cataluña* popularizó conocimientos difíciles de adquirir; levantó el espíritu público, y propagó las ideas que más tarde no dejaron de producir fruto.

Esta es la *historia* de Balaguer, y esta la historia de la medalla cuyo grabado publicamos. Hoy de nuevo ha nombrado Cataluña diputado á su preclaro hijo, que con esta medalla de oro puede adornar un pecho sobre el cual no brilla ninguna condecoracion debida al favor.

LL.

MEDALLA OFRECIDA Á D. VICTOR BALAGUER POR EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA.

M. JULES GREVY.

La monárquica Asamblea nacional francesa, eligiendo presidente al severo republicano M. Grevy, no sólo ha tributado un digno y merecido homenaje al talento y carácter del representante del Jura, sino que ha atestiguado solemnemente que cuando los ciudadanos se consagran á la causa de su país, deben desaparecer todas las cuestiones de los partidos, todas las rencillas miserables de las banderías políticas, para defender en primer término los sagrados intereses de la patria.

M. JULES GRÉVY, PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA NACIONAL FRANCESA.

Criminales habrian sido los franceses, si en estos momentos críticos hubiesen escuchado otra voz que no fuera la del patriotismo, y á abandonar las cuestiones de partidos, mezquinas siempre al lado de la gran cuestion de salvar la patria, les obligaba implacablemente la presencia de un enemigo victorioso, posesionado de las fortalezas y plazas principales de la Francia, y amenazando con formidable artillería convertir la ciudad de Paris en un inmenso osario y en montones de escombros y cenizas.

M. Jules Grévy (cuyo retrato aparece en esta página), nació en Mont-Sous-Vaudrez, departamento del Jura, el 15 de Agosto de 1813, fué educado en el colegio de Poligny, y acabó sus estudios en Paris, donde se recibió de abogado.

Su palabra firme y persuasiva se hizo oir en muchos procesos políticos incoados bajo la monarquía de Julio, principalmente en algunos que se referian á los famosos acontecimientos de 13 de Mayo de 1839.

Afiliado en la causa de la república, era muy estimado en el partido liberal, por cuya razon en la revolucion de Febrero fué llamado á tomar parte en los negocios públicos, siendo nombrado comisario de gobierno en el Jura, su departamento natal.

Durante el tiempo que desempeñó este cargo, con una prudencia y moderacion plausibles, se supo granjear la estimacion de todos, siendo una evidente prueba de ello el que los electores, casi por unanimidad, le enviaron á la Asamblea constituyente, figurando el primero en la lista de los ocho diputados que fueron elegidos por el departamento citado.

Tomó asiento en la Asamblea, y fué nombrado vicepresidente del comité de justicia, siendo uno de los más elocuentes y hábiles oradores del partido democrático.

M. Grévy fué quien presentó una proposicion á fin de que entónces se delegase el poder ejecutivo en un ciudadano que debia llevar el título de Presidente del Consejo de ministros; pero esta proposicion fué rechazada, en escrutinio secreto, por 643 votos contra 158. Si hubiese sido aceptada, Luis Napoleon no habria sido presidente de la república, y la Francia no habria visto restablecido el Imperio.

M. Grevy, despues que se llevó á efecto el golpe de Estado, que él preveia, abandonó á Paris y se dedicó exclusivamente á la profesion de abogado.

En 1867 fué el primero en Francia que en unas elecciones parciales verificadas en el departamento del Jura derrotó con gran mayoría al candidato ministerial bonapartista, siendo su triunfo tan grande, que en el siguiente año, en el cual se verificaron las elecciones generales, no se le opuso candidato oficial.

Por el mismo departamento del Jura ha sido elegido diputado para la Asamblea nacional que hoy existe en Francia, la cual le ha honrado con la presidencia: este hecho por sí sólo es el mejor elogio que se pudiera hacer de las bellas cualidades que distinguen á M. Grévy.

ADVERTENCIAS.

Tenemos entendido que hay un jóven en esta córte, de *epigramático apellido*, que abusando de la buena fé de algunas personas, les ha estafado cantidades, ofreciéndoles en cambio publicar su retrato en nuestro periódico, por lo que nos vemos obligados á manifestar:

1.º Que la empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA sólo reproduce los de las individualidades que cree merecen ser conocidas del público.

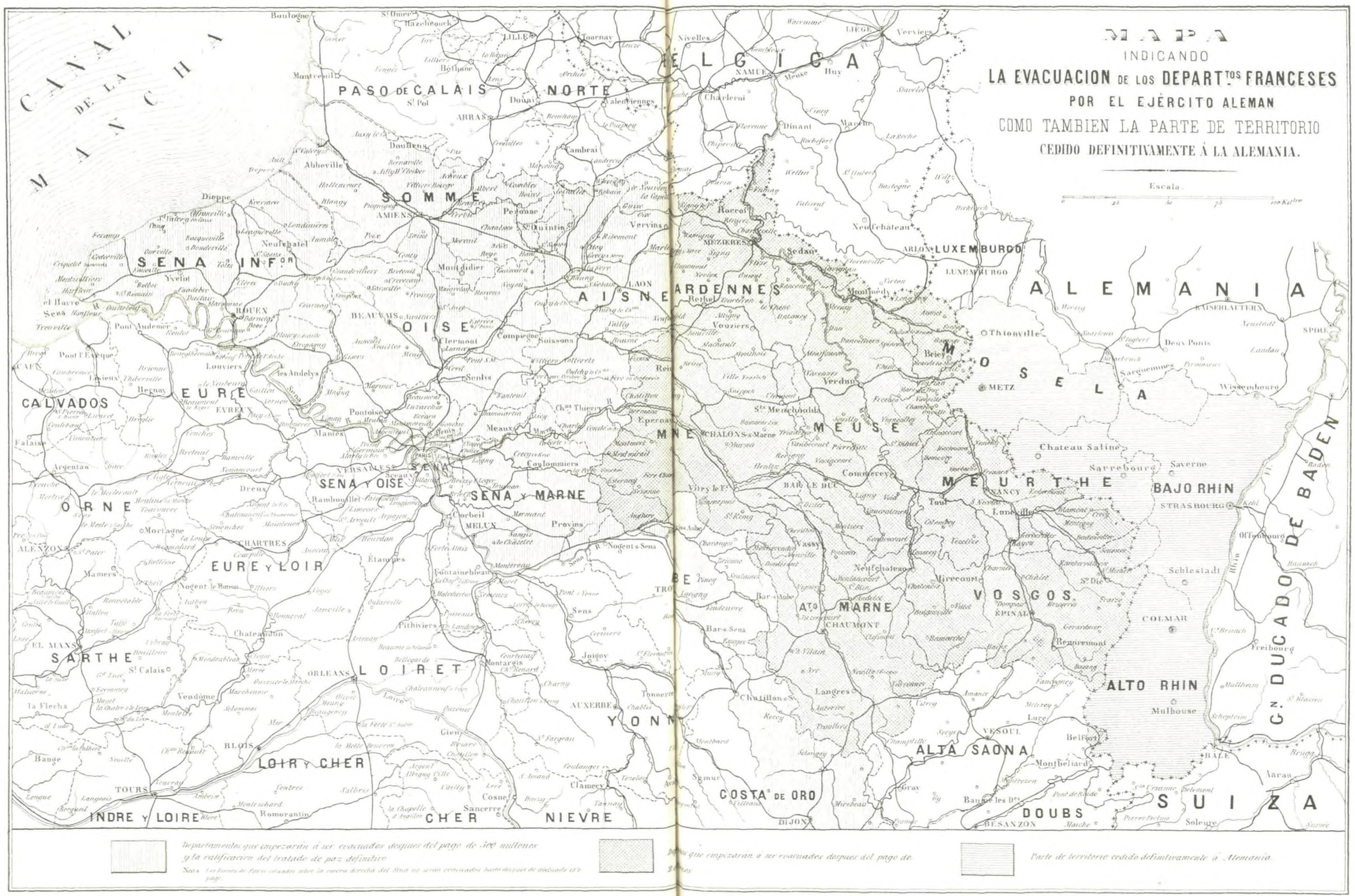
2.º Que nunca ha exigido ni exigirá remuneracion por los grabados que dá á luz, toda vez que harto compensada se halla con el favor que sus abonados la dispensan, y que al obrar de esta manera cumple con el deber que le tiene impuesto su compromiso con los mismos: y

3.º Que si á su conocimiento llega la repeticion de hechos semejantes, no sólo publicará el nombre, apellido y domicilio de tal farsante, sino que acudirá á los tribunales.

EL DIRECTOR
Abelardo de Cárlos.

Reimpresa la cuarta edicion del núm. 1. de esta publicacion, correspondiente al año anterior, le hemos remitido á los suscritores á quienes se debia.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.


MAPA
INDICANDO
LA EVACUACION DE LOS DEPART.TOS FRANCESES
POR EL EJÉRCITO ALEMAN
COMO TAMBIEN LA PARTE DE TERRITORIO
CEDIDO DEFINITIVAMENTE Á LA ALEMANIA.
Escala.
CANAL DE LA MANCHA
BELGICA
ALEMANIA
LUXEMBURGO
SUIZA
PASO DE CALAIS
NORTE
SOMME
SENA INF.OR
AISNE
OISE
ARDENNES
CALVADOS
EURE
ORNE
SENA Y OISE
SENA Y MARNE
EURE Y LOIR
SARTHE
LOIRET
LOIR Y CHER
INDRE Y LOIRE
CHER
NIEVRE
YONNE
MOSELA
MEUSE
MEURTHE
BAJO RHIN
VOSGOS
ALTO MARNE
ALTO RHIN
ALTA SAONA
COSTA DE ORO
DOUBS
GN. DUCADO DE BADEN
Departamentos que empezarán á ser evacuados despues del pago de 500 millones y la ratificacion del tratado de paz definitivo
Nota. Los fuertes de Paris situados sobre la ribera derecha del Sena no serán evacuados hasta despues de efectuado el 2.º pago.
Departamentos que empezarán á ser evacuados despues del pago de
Parte de territorio cedido definitivamente á Alemania.